

Benjamín Jarnés



Locura y muerte de nadie

Benjamín Jarnés

Benjamín Jarnés Millán (Codo, Zaragoza, 7 de octubre de 1888 – Madrid, 1 de agosto de 1949) importante novelista español. Catalogado como uno de los más resaltantes escritores que tuvo España antes de su Guerra civil. También se dedicó a escribir ensayos, biografías y crítica literaria.

La crítica sitúa a este autor como representante de dos generaciones, por el año de su nacimiento y por dar a conocer su obra a principios del siglo XX a la llamada Generación del Novecentismo o como también se le conoce Generación del 14 y por la afinidad estética de su producción literaria que se enmarca dentro de la prosa vanguardista a la llamada Generación del 27.

En 1917 empieza su colaboración periodística en destacadas revistas como La Crónica de Aragón, El Pirineo Aragonés, El Pilar y la Unión. En 1920, ya instalado en Madrid, empieza su participación como crítico en la famosa Revista de Occidente, revista dirigida por el filósofo José Ortega y Gasset.

Su primera novela importante publicada es *El profesor inútil*, en 1926. Posteriormente vendrían a publicarse: *El convidado de papel* (1928), *Paula y Paulita* (1929), *Locura y muerte de nadie* (1929), *Teoría de zumbel* (1930), *Viviana y Merlín* (1930), *Escenas junto a la muerte* (1931), *Lo rojo y azul* (1932). *La novia del viento*, publicada en México, en 1940 durante su exilio en ese país luego de pasada la Guerra Civil en su tierra natal.

En 1948 regresa a su país gravemente enfermo de arterioesclerosis. Finalmente muere en Madrid en agosto de 1949.

Benjamín jarnés

Locura y muerte de nadie



Locura y muerte de nadie
Benjamín Jarnés

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Locura y muerte de nadie

I

Los cangilones de la puerta se van vaciando rítmicamente en el vestíbulo. Un campesino, absorto al ver que entre la calle y el zaguán gira una estrella en vez de un plano, se agarra tan fuertemente a una de las puntas que, en lugar de un semicírculo, describe dos circunvoluciones. En el reloj, las doce. En el termómetro, los cien grados. Está ya henchida la enorme caldera de mármol y cristal. Explotan las burbujas disparando cifras:

—¡El 330!

—¡El 331!

—¡El 332!

Hiende la rotonda un redondo volumen galoneado de plata —el gran cero inquieto, andarín perenne del Banco— que remueve la caldera y acentúa la presión. Hoy en el Banco Agrícola de Augusta todas las cuentas corrientes, cansadas de dormitar a la sombra de los panzudos libros, están ensayando un cambio de postura. Se escucha el sordo roce de largas serpientes de sumandos

que reptan por los atriles. Por una ventanilla le sonríen a Arturo las cuatro filas de dientes de una Remington. Quince troneras, quince ventosas se precipitan a sorber los ahorros del campesino, las carteras voluminosas de los clientes. Las ventanillas son otros tantos confesionarios en donde absuelven gravemente del terrible pecado del miedo. Se ve salir a los penitentes en estado de gracia mercantil, con un crédito más a los ojos inapelables del Consejo de Administración. Las ventanillas son también diminutos escenarios, por donde asoma la cabeza un hábil prestidigitador. Monedas, billetes, papelitos rojos, papelitos azules van, vienen, se desparraman, se enlazan, desaparecen, se apiñan. El gran juego del tanto por ciento esparce sobre el tapete la baraja entera.

—¡El 333!

—¡El 334!

—¡El 335!

Una danza epiléptica de cifras en torno a los dioses de este infierno: Melocotón. Uva. Maíz. Centeno. Remolacha. Aceituna. Sagrados nombres de dioses, invocados en el torbellino, subrayados por los monótonos cuchicheos de las Underwood, de las Smith. De pronto surge el Zeus Tonante de la mitología bancaria: el Trigo.

—A 57. No hay ofertas.

—¡El alza!

—Mañana, a 58.

—O a 58,50. Se está comprando muy de prisa.

Arturo asiste a la solemne ascensión del dios. Se remonta altanero, majestuoso, sobre la conmovida multitud. Una gavilla se yergue —como en las eras de Canaán— y recibe el homenaje de once gavillas subordinadas. Hacen corro otras más humildes: de cebada, de alfalfa. Arturo ve ascender el dios agrícola, mecerse en el aire, esconderse en las nubes. Queda flotando en el aire una espiga. Una espiga enorme de trigo candeal, crujiente grumo de oro que amenaza desgranarse sobre la frente de Arturo, medio dormido. Enjambre vivo que defiende una guardia de finas lanzas amarillas, ceñidas en hostiles escalones. Cada grano destaca su centinela, en orden perfecto de batalla. Arturo ve iniciarse en la espiga un tránsito del símbolo a la geometría. Ve fracasar en ella toda muelle sensualidad. Fruto para goce de los ojos, huraño al tacto, casi mineral, enjuto, soberbio de sus delgadas cápsulas donde se esconde el alimento de los hombres y la sustancia de los dioses. Confín de los sentidos. Detrás del racimo dorado, se extiende la región de lo esquemático,

la legión innumerable de las místicas metáforas, hoy la lenta caravana de los números. Por él ondulan las largas columnas de cifras en las falsillas de los Libros Mayores. Trigo soberano, cuentas amarillas de un precioso collar, apiñadas en lo sumo de una caña delgada, donde pueden tañerse bellos himnos rurales. Caña sonora que opone su tañido jocundo a la oquedad ética de las altas cañas pensantes que se miran vanidosas en el ríofiel. Hiende el aire la espiga, como un hosco insecto aprisionado en los mismos umbrales de las formas puras. Rubio dios de los campos, convertido en mero nombre por estas gentes codiciosas que, sin saberlo, sin poderlo ver en toda su grandeza, lo acogen, lo desechan, lo almacenan, lo arrojan, según la veleidad de un tablero de precios.

—¡El 344!

Se dispersa el cortejo de lanzas. La espiga da un estallido y se derraman los granos de oro. Pasa el número 344, una espléndida Dánae que con un cheque en la mano va a cobrarse alguna transitoria cesión de su belleza. La lluvia de oro desciende sobre el número 344, corre a lo largo de sus opulentos flancos… Arturo sale de su semivigilia.

En su papelito rojo está marcado el número 352. El 345 deja libre un asiento que Arturo se apresura a

ocupar. Incrustado entre un caballero gris y una lozana campesina que recuerda a Gabriel y Galán, se dispone a pasar de masa oscilante al menor vaivén, donde se reflejaban todas las presiones, a cuerpo en perfecto equilibrio, inamovible. El caballero gris se impacienta, le roza un pie, se disculpa:

—Perdone.

Surge el diálogo nutrido de protestas contra la lentitud del Banco. El mismo diálogo, entablado, como todos los días, con un número de orden. El desconocido remira su papelito rojo, como el desconocido de ayer. El 351 es el antecesor de Arturo. Así Arturo puede declinar —como siempre— su temor de perder turno: basta seguir los pasos del hombre desconocido. Le liga a él una relación aritmética a que debe obedecer ciegamente, y esta servidumbre —como todas— le extirpa un ojo sobrante, le borra un campo inútil de atención. Ya puede invertir su tiempo en contemplar el vaivén de los números que se apiñan en la rotonda. Pocos lugares como un Banco para realizar estudios sobre la vulgaridad. Es aquí muy remoto el peligro de tropezarse con un genio. Y una escrupulosa vigilancia elimina de los clientes lo que pudiera ser considerado como turba. La criba solo deja pasar seres intermedios, normales, caras y cuerpos de desesperante equilibrio. Un mismo maniquí ha servido para treinta

gabanes; igual módulo para cien fisonomías; idéntico manual para todos los saludos. En vano las implacables ventosas pretenden acentuar el perfil de algún rostro. La misma emoción ante las subidas de Bolsa. La alegría ante un alza de precios es de tipo común. Un mismo coletazo de la larga serpiente de cifras produce en cien bocas el mismo gesto de acritud. En vano la luz de las altas vidrieras pretende subrayar en las facciones algún gesto inusitado. Solo consigue éxitos efímeros, banales. Sobre tal mejilla color de langostino, se desliza un rayo verde que, por un momento, trueca en biliosa la faz placentera de un comisionista. Un rostro enflaquecido, color garbanzo, se empapa en un chorro granate, trocándose de esquizoide en sensual. La luz de los cristales se divierte infantilmente en ir cambiando uno por uno los temperamentos de los clientes.

—¡El 349!

Va bajando el termómetro. Estallan en la tina las últimas burbujas. Se apaga, al fin, el hervor. El hombre de galones de plata ya no se perfila para atravesar de canto la sala; camina de frente, sin miedo a chocar con alguna huraña cuenta corriente. En alguno de los diminutos proscenios se producen ya entreactos: el telón no desciende, pero el héroe suspende sus escamoteos de billetes, deja ver perfectamente enmarcada una angulosa faz inmóvil,

que lentamente se va convirtiendo en el retrato de sí mismo. Los cuatro policías de la sala, obligados antes a multiplicar por cuatro su atención sobre la homogénea muchedumbre, pueden ya deshacer la operación y seguir su faena con la visión normal.

Las haces policromadas que llovían de las altas vidrieras no encuentran ya a su paso frentes y mejillas resignadas a tan frívolo bautismo de verbena; se deslizan por bustos, por caderas, por grupas descuidadas; se enroscan a tobillos, resbalan por zapatos, se pierden definitivamente en las baldosas. Pero, en su tránsito, fueron dibujando ingeniosos bocetos. Los perfiles de los clientes pueden afirmar su escasa originalidad plástica, en plena holgura. La atención tiene zonas más confinadas y, al apretarse, comienzan a surgir algunos escorzos originales. Tal brazo desnudo, oprimido antes por el torso de un enorme almacenista de alfalfa, recobra su gracioso ademán. Unos senos se yerguen, sin temor a ser punzados por el codo de un tendero enjuto. Todo recobra el sobrante de espacio necesario para crearse una atmósfera personal.

—¡El 351!

El caballero gris se levanta y llega a la ventanilla donde unos ojos implacables le recorren de arriba abajo. Arturo

le sigue. El desconocido alarga su papelito rojo y una mugrienta cédula personal. Manotea nerviosamente, replica al empleado, protesta, infla la voz. El empleado exige el cumplimiento de un rito. Quiere firmas, créditos, certidumbres, evidencias. Pretende que el desconocido deje de serlo, que un número cualquiera logre rápidamente, en la batería del diminuto proscenio, un carácter definitivo de personalidad. Pretende que aquel hombre destacado de la multitud, que viste análogo terno y canta análogo cuplé al de todos los demás, adquiera de pronto facciones de héroe. La contienda termina dramáticamente. El caballero gris se abre el pecho y lo muestra desnudo al empleado. Gesto patricio de los héroes que imploraban en el ruedo, ante los césares, piedad para un vencido. A cuenta de una individualidad reconocida, pedían el olvido para un ente borroso… Sorpresa, explosión de risas. El empleado alarga unos billetes. El hombre desconocido se abrocha precipitadamente y sale del Banco. Arturo consigue una pronta evasión, y corre en busca del desconocido. Lo encuentra en una esquina, le pregunta:

—¿Cobró usted, por fin?

—Cobré. Son bobos. Cada día exigen más firmas. Menos mal que yo llevo la mía…

Guardo un documento infalible. Cuando no reconocen mi firma, me abro el pecho y la muestro grabada en la piel.

—¿Un tatuaje?

—Sí, voy siempre firmado y rubricado. Soy el notario de mí mismo. A mí me identifican en seguida. Venga conmigo.

En un zaguán, el desconocido se desabrocha e invita a Arturo a contemplar una presumida rúbrica en forma de intestino que sirve de pedestal a un nombre: Juan Sánchez y Sánchez.

—¡Qué capricho!

—¡Qué sarcasmo!, querrá usted decir. Porque esto es señal de algo terrible. Esta escena del Banco Agrícola se repite diariamente en mi vida. Mi tragedia es abrumadora, tiene muy profunda la raíz. Vea usted que no se trata de fortuna o desdicha, de obrar bien o mal, de producir o de evitar algo nefasto. Se trata de algo anterior a mi voluntad, anterior al Destino. Se trata de ser. Fíjese bien: ¡ni siquiera de existir! ¡De ser! Porque a fuerza de pensar mucho en mí mismo, he deducido que, aun suponiendo que exista, no soy.

En la terraza del bar, ante un cocktail de ginebra, se plantea Juan Sánchez un viejo problema filosófico: el de la esencia y existencia. Es la hora más banal del día: la hora del aperitivo. Hora de hacer el resumen de la mañana y de fraguar los proyectos que la tarde irá desbaratando. El orador insiste en convencer a Arturo de que él, Juan Sánchez y Sánchez, no es. Entre ese tropel de seres inclasificables, de ambos sexos, que luchan desde sus banquetas por reproducir exactamente el contorno exterior de una estrella de moda, Juan Sánchez, el hombre firmado, de rúbrica en forma de intestino, se revela como un fanático perseguidor de una esencia. Es un místico amante de la personalidad. Tiembla ante la idea de gozar de una forma sustancial colectiva, de un subconsciente colectivo, de un alma común. Intentó crearse un rostro, acentuarse, al menos, un defecto, estilizarse alguna aberración que pudiera izar como bandera de un carácter.

Nada logró.

—He intentado —dice— hasta provocar en mí alguna enfermedad crónica que modificase en algo mi temperamento, que me lo cambiase de raíz, a ser posible, para intentar buscarme, con el nuevo, otra fisonomía… Hice experiencias inútiles.

—Eso es peligroso. Se expone usted a quebrarse el aparato.

—Es desesperante no tener nada mío. De niño me tomaban siempre por mi hermano.

Y, ahora, hay un canónigo de Sos que tiene mi misma cara. Y un médico. Anteayer me preguntaron reservadamente, en la calle, por el estado de un cáncer… ¡Si yo pudiese, al menos, no ser nada, pasar inadvertido! Pero hay algo peor que todo eso: ser otro cualquiera, uno que casi nunca me gustaría ser. Hubo una época en que llegué a olvidar mi nombre. Me alegraba no ser sino «el joven que cruza la acera de seis a siete», «el que compra La Crónica en el quiosco de enfrente»… En una casa me conocían —yo soy comisionista— por «Hermanos Vallés, Cementos»; en otra por «Aznar y Compañía, Frutas del país»; en otra, por «La Bola de Oro»… Sabía que en todos los escalafones subían y bajaban dos docenas de Juan Sánchez, y desprecié rotundamente mi firma. ¡Caro me costó! Eso me condujo a la evidencia de que en mí no se escondía un individuo, sino un maniquí capaz de soportar una personalidad cualquiera, con preferencia una razón social. Si mi nombre lo usaban algunas docenas de empleados en cada escalafón, mi cara, mis gestos, mi andar, toda mi anatomía rodaba al mismo tiempo por los vagos recuerdos de cada transeúnte. Muchas veces

me hurté a desconocidos que se acercaban a hablarme, tomándome por un amigo. Yo he sido saludado por centenares de ciudadanos miopes, a quienes nunca había visto. Padezco todos los peligros del hombre-tipo, sin sus felices características. Mi característica es no tener ninguna; por eso inventé ese medio pintoresco de identificación. Soy el hombre que no tiene señas personales. Ya que no puedo ofrecer un rostro, ofreceré, al menos, una firma. De mi cara se tiraron millones de ejemplares en edición económica. Y de mis ideas. Y de mis ademanes. Yo no soy un individuo, soy un universal ambulante. Soy Nadie. Nadie.

—Yo creo en la felicidad del anónimo. La tortura de la personalidad, ¿por qué sentirla así? Quizá el individuo no existe totalmente. Si persistimos en mantenerlo, nos petrificamos. Si lo dejamos transformarse demasiado, nos hallamos frente a una legión de nosotros mismos que entorpecen el momento actual, que son un peligro en nuestra vida, mediatizándola, entrometiéndose en nuestra voluntad de hoy. El hombre va almacenando pasado. Cuando le pesa mucho, quisiera abandonarlo, pero no suele hacerlo porque lo cree materia propia; como siente abandonar un diente maltrecho.

Comprendo que se tenga más cariño a un dedo propio que a toda la humanidad. Lo que no comprendo

es por qué se tenga ese mismo cariño a un montón de ideas acumuladas. Toda la vida del hombre es un esfuerzo desesperado por afirmar su existencia, por dejar, al menos, surco de ella: éste es el pobre recurso de los artistas. Pero los artistas son unos infelices locos que gastan aturdidamente su vida real en fabricarse una posible. El artista es una deliciosa aberración de la humanidad. Cree, sencillamente, en otra vida y suele sacrificarle ésta como un minado anacoreta. Teme petrificarse, y no recuerda que su último pago —también posible— ha de ser una estatua de piedra, construida por algún camarada que, al crearla, afirmará que aquello es su obra más personal. Y el primer artista solo habrá logrado servir de escalón para que suba el segundo más de prisa… Me he extraviado.

—Siga, siga.

—Creo que puede usted salvarse a fuerza de anécdotas. La acción reconstruye, zarandea, remueve, modifica. Ensaye a obrar activamente: le surgirán actos originales.

Y con el acto, la expresión. Y con la expresión, la fisonomía. Métase en danza. Déjese ya del ser y del no ser. Eso está muy anticuado. Obre.

—He ensayado sin éxito. ¿Usted cree…?

—Firmemente.

—Me anima usted mucho. Venga por mi casa. Ahí tiene mis señas. Le espero a cenar esta noche.

—Iré.

II

La escalerita del placer suele ser sórdida, oscura, como suele ser reverberante, magnífica, la escalera del fastidio. La escalerita del placer es un breve tránsito entre la acera y unos brazos ardientes; la escalera del fastidio es el preludio de una frívola comedia que principia en una oronda librea y termina en la falsa sonrisa de un caballero gran cruz.

—¡Incendiaria!

Es el requiebro favorito de Arturo, hallado en cierta excursión profesional, extraído del bloque de textos conminatorios que nutrían su léxico en las horas de faena, como se suele extraer un gramo de radium de entre algunos quintales de carbón. Al principio se le ofreció en forma de insulto. Pero un insulto se convierte

fácilmente en un piropo: basta con una dulce inflexión de voz. Arturo era entonces inspector de El Cisne, Sociedad de Seguros, y se hallaba investigando en el subsuelo ético del propietario de La Rosa Blanca, almacén de tejidos, las verdaderas causas del sospechoso incendio que había reducido a pavesas el establecimiento. Arturo realizaba una función intermedia entre el confesor y el buzo. ¡Dura tarea la de extraer de una conciencia tan turbia este grave pecado de inmoralidad mercantil! El incendio se había producido en un sótano, donde fueron halladas, aún humeantes, algunas piezas de percal muy pasado de moda. Arturo había bajado al sótano a solas con el propietario de La Rosa Blanca, cierta sinuosa viuda de treinta años que asistía en silencio a la enojosa exploración. Arturo acumulaba artículos del Código, argucias tomadas del pliego de instrucciones para inspectores de seguros, invitaba a la viuda a llegar a un acuerdo… En la escaramuza brotó la palabra definitiva:

—¡Incendiaria!

Al apóstrofe le faltó su punto preciso de severidad, y quedó en el mismo instante convertido en una apasionada declaración de servidumbre. Allí perdió El Cisne gran parte de su prestigio: todo por el matiz poco claro de un insulto. Más tarde, frente al tablero de libros de 2,50 pesetas, Arturo ensayó su requiebro en

una desconocida. Su reiteración a flor de oído provocó en ella un atisbo de llama. Arturo acudía a la feria a adquirir unas tablas de logaritmos, difíciles de encontrar entre aquellos volúmenes «pasionales» de la Biblioteca Antorcha, que hojeaba Rebeca. Ante los ojos de ambos se extendía el mapa sentimental del orbe entero, porque la Biblioteca Antorcha acoge en sus volúmenes a todos los enamorados del mundo, siempre que no reclamen derechos de reproducción. Arturo comenzó también a remover volúmenes, a contemplar escrupulosamente los dibujos, la tipografía de las cubiertas, el año de la edición. Comprendió que su viaje a la feria de libros exigía entonces una explicación de índole emotiva, no algorítmica, y, en lugar de las tablas de logaritmos, adquirió un ejemplar de Tristán e Isolda. Entretanto Rebeca discutía el precio de una linda edición de Adolfo, y pronto se hallaron los dos, frente a frente, blandiendo sendos libros de amor.

El balcón entornado da una luz tan discreta que el color no podrá hacer fracasar los perfiles desnudos de Rebeca.

Ahora recorre la salita, en contacto con ese mundo de sensaciones inéditas, que todos podríamos hacer nuestro si nos decidiéramos a llevar los pies descalzos, el cuerpo entero desnudo. Hay entre la piel y las cosas

demasiados aisladores, muchas sustancias hostiles que desvían la pura sensación, que mixtifican el deleite de tantas amorosas presiones. Apenas logra besarnos, desnuda, la rica epidermis del mundo. La sensación se tuerce, se borra. Rodean el cuerpo muros de algodón, de cuero, de seda, de lana; atrincheran el campo táctil fosos de sombra, empalizadas de tupida materia vegetal, residuos animales, minerales. De casi todas las cosas le queda virgen al hombre la epidermis. Ocurre hundirse en la entraña de un objeto sin haber paseado los ojos y las manos, voluptuosamente, por regiones inexploradas de la piel. Se contenta con ver pasar por ella las efímeras caravanas del color, tan enemigo del dibujo, del firme relieve. Solo ve en ella lo que apenas existe, dejando lo duradero, su pura extensión, su frágil materia encajada en los compartimientos del aire. Apenas vislumbra sus deleites, sus amores, cuyo idioma universal posee dialectos encantadores que se llaman porosidad, elasticidad, blandura…, tan salpicados de sugestiones eléctricas, magnéticas, luminosas, vibrátiles. Apenas conoce sus odios, cuyo dialecto más plebeyo es la viscosidad, y el más noble el que depura cada frase con un cincel geométrico, con frialdad de aristas que, deliciosamente, hacen sangrar: la dureza. Apenas sabe que hay cuerpos blandos y duros, fríos y calientes… Pero esto es como saber que hay hombres buenos y hombres malos; es decir, no saber nada de los hombres.

Rebeca tiene una deliciosa manera de ser casta. Por no sentir el rubor de contemplar su hermosura, se lleva las manos a los ojos. Es una cabeza vestida sobre un cuerpo desnudo. Solo deja libres los ojos cuando ya nada pueden ver sino los ojos de Arturo.

—¡Alfredo!

Ha llegado para Arturo el feliz momento de perder su personalidad. Placer soberano de ser un hombre u otro, de ver hundirse el individuo en un golfo de vibraciones tumultuosas. Rebeca le borra todo rasgo personal, y se contenta con vagos caracteres específicos, apenas clasificables en sociedad, a los que puede ser aplicado un nombre cualquiera. Arturo se siente resbalar por la deliciosa pendiente que le empuja a ser un ente colectivo, un número de masa, un Nadie que desmenuza lentamente su gozosa postura de hombre sin ramificaciones sociales, sin tentáculos domésticos, sin opiniones, sin prejuicios, sin pasado y sin futuro, con un fugaz y encantador presente. Arturo es un sibarita del anónimo. Le deleita el amor vario, generoso. A cada nombre que ahora evocase ardientemente Rebeca, sentiría nacer en sí individuos nuevos, posibles vidas originales, que se van perdiendo, lamentablemente, por el mezquino y monótono placer de continuar siendo uno y el mismo. Análoga sensación de dulce desdoblamiento sentía junto a uno de esos filósofos

en tan alta cumbre instalados que solo perciben de los demás mortales algo así como una bruma espiritual, producida por los diversos meteoros de una misma capa atmosférica, sujeta a parecidas oscilaciones, por la estación, por el clima, por las corrientes emocionales de una edad, a veces de una fecha. Si Rebeca, en aquel instante cimero de la economía animal, solo veía en Arturo cierta nebulosa de materia cósmica universal, el filósofo solo advierte un hálito de espiritualidad común a una masa de individuos de parecida fisonomía, de algunos caracteres semejantes. De modo que el Arturo verdadero quedaba, en uno y otro caso, intacto; el Arturo individual y único quedaba sin aprisionar en los moldes de la sensación y del concepto. Si en esta trepidante coyuntura en que se dejaba definir por Rebeca, se sentía trocado apenas en la materialización genérica de «un mozo vehementes, capaz de soportar todos los nombres del santoral, en el caso del filósofo quedaba convertido en «el joven contemporáneo», en una pura abstracción innominada, lejana, como la otra, de definir el total y verdadero Arturo.

Cuando Arturo recobra su nombre —Rebeca, ante el espejo, recobra también su rostro perdido en la refriega—, piensa en maniobras trascendentales, en ágiles tránsitos del individuo a la especie, o de la masa al número, por escamoteos de conciencia, por anulaciones

nirvánicas, por resurrecciones y reencarnaciones a placer, por incubaciones artificiales en medios distintos, por adaptaciones audaces a climas inéditos. Arturo, vacío de su propia sensualidad, en el clarividente estado del hombre que se ha dejado arrebatar su parte de elementos cósmicos, libre y ágil, en ese estado de deleite mental —el supremo— que sigue a toda amputación de un sobrante de materia, sueña con una maravillosa multiplicación del espíritu, con un espíritu excelso, libre, de infinitas acomodaciones a todos los estados, capaz de gozar de las delicias de todo el orbe. Porque hace tiempo que a Arturo no le divierte ya contemplar su propio paisaje anímico, tan idéntico a sí mismo; querría tener a mano, como una lente nueva, unos ojos bien limpios, de recambio. Y solo puede lograr —efímeramente—, gracias a la encantadora capacidad de olvido de su amante, cambiar alguna vez de nombre.

—Hoy llevo prisa, Arturo. Tengo invitados. Desde el balcón —corridos los visillos— la ve tomar un coche. No oye la dirección:

—Lanuza, 87. La escalerita del placer suele ser angosta, como es ancha la escalera del fastidio. Arturo recorre despacio la primera. En la calle, llama a un chófer:

—Lanuza, 87.

III

Los cuatro ángulos del comedor son perfectamente normales: en cada uno reposa la vista como en una vieja butaca familiar. Hay amigos así, silenciosos, ubicuos —de puro impersonales—, que nos brindan su grata acogida, con el mismo ademán, en todos los lugares del mundo: las almohadillas del tren, por ejemplo. No se duelen de ningún abandono, nos salen al paso en cada nueva coyuntura, respondiendo siempre, fieles a sí mismas, a todas nuestras exigencias de reposo. Desde los dos ángulos fronteros a la puerta saludan a Arturo las mismas palmeras, iguales maceteros, que siempre vio en docenas de comedores idénticos; el mismo filtro a la izquierda —porque el agua de Augusta exige todos los días una higiénica depuración— y el mismo trinchante a la derecha. Es un comedor tan dócil a la pauta común que Arturo cree haber cenado allí todas las noches. Es la pieza que se repite en los cromos de novela donde se exalta el amor a la paz conyugal. En las paredes se ven los mismos cuadros: la merienda campestre, Ifigenia mirando al mar, el crepúsculo rojo, los corderitos de Millet… Y una lozana joven saliendo del baño. No podía sospechar Arturo la presencia de aquel intruso elemento decorativo en el ordenado mosaico del hogar. Es un elemento que hace desafinar la pacata orquestación del comedor, como una ebria bacante que se perdiese en el claustro de las Huelgas. Pero, desde la ventanilla del

Banco Agrícola, solo sorpresas podían esperarse de Juan Sánchez. El lienzo es una interrogante que deja perplejo a Arturo.

—¿Qué le parece?

Juan Sánchez lo pregunta con un leve estremecimiento de inquietud. Ve a Arturo contemplar a la bañista y espía su gesto más oscuro.

—Bien. La joven se lleva las manos a la cara, ocultándola por completo, con el mismo gesto púdico con que se ofrecería en espectáculo a un millar de espectadores. El pintor no tuvo en cuenta la absoluta soledad de la bañista, sino la transcendencia doméstica de la representación.

—Es algo atrevido, ¿no?

A Arturo le parece tan edificante como los apiñados corderitos de Millet, a pesar de la lozana desnudez de la doncella. De sobra se advierte que el dulce rubor de aquella solitaria carne juvenil solo puede ser provocado por una acendrada fe en la presencia de Dios. Es una «nota de color», un poco audaz. Arturo ve entonces una firma bajo el rosado pie de la doncella. Es la firma no reconocida en el Banco Agrícola: una firma que,

para revelarse, necesita ser tenazmente señalada por el índice del poseedor. El cuadro podría ser la obra de una Sociedad Anónima de Artes Plásticas, pero es del mismo Juan Sánchez: pertenece al mismo estilo común que el comedor. Arturo busca una frase que sirva de antifaz a su criterio. No la encuentra y apela al balbuceo:

—Interesante.

Arturo, para olvidar aquel fracaso de puros elementos pictóricos, aniquilados bajo la mano impersonal de Sánchez, hundidos en la fosa común del módulo académico, comienza a recorrer el cuadro, hacia arriba, en busca de otros puntos de vista, si ajenos al arte, de lleno, en cambio, en la curiosa y pintoresca región de las anécdotas. De la firma, salta a los pies; de los pies, a los tobillos; desde los tobillos emprende una lenta ascensión, maravillándose, de pronto, de estar recorriendo un terreno conocido. Ya debió advertirlo ante el gesto de la bañista de llevarse las manos a los ojos, idéntico al de Rebeca. La mujer del cuadro es la misma que poco antes, entre un balcón entreabierto y un solo espectador —Arturo— ha bosquejado aquel gesto de cautela.

De cautela, porque ahora se advierte que con él solo se ha intentado conservar el anónimo, no el pudor. Y con la diferencia de que en el cuadro, una luz cruda cayó

vorazmente sobre las formas desnudas como una esponja implacable que sorbiese relieves y borrase contornos. Comienza a desarrollarse ante los ojos asombrados de Arturo la crónica galante de Rebeca, pero Juan Sánchez da un tijeretazo al celuloide.

—Debí quemar el cuadro. Ya sé que es de unas pretensiones deplorables… Lo pinté hace tiempo, cuando creí que llegaría a ser pintor. Luego escribí música. Al principio, como todos, escribí sonetos… Los sonetos sí los quemé, y la música, pero esto le gustaba a mi mujer…

—Lástima de versos. Arturo acentúa su pena por la desaparición de los versos para así embozar la que sufre por la conservación del cuadro.

El momento es enmarañado, porque el idioma no tiene recursos para expresar la emoción que se siente ante quien siendo apenas una firma con su rúbrica ha recorrido tantos modos de expresión sin acertar con ninguno. Todas las artes le prestan, una tras otra, esos preciosos instrumentos por los que puede revelarse el espíritu, sin que Juan Sánchez logre otra cosa que manosearlos, arrinconándolos luego en un zaquizamí de ilusiones mutiladas. Juan Sánchez se va asomando a todas las troneras desde las cuales es posible suscitar la atención del mundo, y el mundo sigue su camino,

indiferente, sin querer descifrar la firma y rúbrica de Sánchez. Y los que podrían ser risueños trofeos no son sino irónicos testigos de una franca derrota. El trance es duro, pero se salva con otro más duro. Rebeca, seguida de un mozo robusto, impertinente, asoma por el pasillo. En el umbral del comedor, Sánchez presenta a los dos:

—Matilde, mi mujer. Alfredo, mi primo.

Rebeca masculla azoradísima unas palabras inútiles. Alfredo sonríe ceremoniosamente. Del conflicto dramático —porque estamos en presencia de un profundo conflicto dramático— a Arturo solo le preocupa, en primer término, para no precipitar el desenlace, recordar bien el verdadero nombre de Rebeca. Pregunta, medroso, a Juan Sánchez:

—Dijo usted…

—Matilde.

—¡Ah, sí! Matilde. Respira como si hubiese realizado con éxito una brillante investigación filológica. Sería peligroso mezclar aturdidamente en el diálogo el falso nombre de Rebeca, que es, sin duda, un bello nombre de batalla. Acaso Matilde reparte su belleza bajo el manto pudoroso de un grupo de nombres bíblicos, con una

generosidad que disculpa todo desordenado amor al incógnito.

De la misma manera que las caritativas damas esconden la hermosura de su gesto bajo el doble negro manto de la noche y del anónimo, para repartir entre los menesterosos vergonzantes dinero y fe: amor, al fin, aunque de calidad bien diferente. Porque el verdadero amor —como todas sus numerosas falsificaciones— gustó siempre de esconderse para repartir sus dones, con el fin de que —como acontece en el lamentable retrato de Matilde— una luz desaforada no descubra torcidos perfiles, deformes exuberancias. Y esta anónima pluralidad de Matilde, este afán de difundir su personalidad, de repartirla generosamente, pudo sorprenderla Arturo en esos momentos de léxico borroso en que las palabras más pulidas ceden su puesto a cualquier turbia interjección. Tampoco Matilde, en el período cósmico de su ternura, recuerda bien el nombre de sus colaboradores. Se sitúan los cuatro a los extremos de una cruz. Arturo queda frente a Matilde y Alfredo frente a Juan Sánchez. Las cuatro miradas y los cuatro silencios se cruzan perpendicularmente en un punto: un punto gris, como el formado por cuatro rayos de color diferente. Punto muerto que en vano se intenta reavivar con algunas palabras insustanciales, ajenas al nudo dramático. El punto crece, se ensancha, amenaza anegar

a los cuatro. Lo componen los residuos espirituales más vergonzosos de cada comensal: el cinismo de Matilde, que, al mismo borde del despeñadero, ha recobrado su desenvoltura; la timidez de Arturo, incapaz de abandonar aquel cepo doméstico; la socarronería de Alfredo, que calcula íntimamente las fuerzas irrisorias del evidente enemigo nuevo, y la flaqueza mental de Sánchez. Cada uno se instala dentro de su cabaña tejida de tupidas hojarascas; apaga todas las luces de su espíritu, se hunde en una bruma común, desliza frases opacas, mates. Un halo plomizo enturbia las frentes. De sus pensamientos escogen el más vulgar, el de tipo más conocido, el más lejano de su inquietud; de sus ademanes, el más blando, el menos auténtico, el más fácil de olvidar. Va inundando el comedor una nube cenicienta, nutrida por espesas oleadas, alimentada por los cuadros, por las palmeras, por el filtro, por el trinchante, por los comensales, por todo lo allí agrupado, inerte o vivo. Ensaya Arturo esfuerzos sobrehumanos para avizorar en la niebla. Le empuja una invencible curiosidad de conocer en cada espíritu sus relieves y fronteras. De aquellos tres paisajes interiores solo conoce un vaho soñoliento, y él sabe que entre la nube algodonosa y la médula del terruño hay siempre declives imprevistos. Le desespera no hallar en los ojos de Matilde ningún hito de avance. Matilde cerró herméticamente el cofrecito de sus verdaderas miradas y distribuye, en lotes iguales, entre los tres, unas sonrisas

y unos mohínes apócrifos. Y esta misma ausencia de elementos concretos le empuja a mirar a sus compañeros de mesa como elementos abstractos de un drama latente, de un juego cuyas cartas nadie, se atreve a arrojar sobre la mesa. Arturo —que por complacer a la fracasada Rebeca, está leyendo estos días todas las novelas del siglo xix— define en esta vaga fórmula la extraña situación íntima del grupo: —Sobre nosotros se cierne la tragedia. Arturo siente volar sobre las cuatro cabezas el gran pajarraco negro. Calcula el ímpetu de los cruentos picotazos… A juzgar por el número de los personajes, la tragedia se ofrece algo disminuida; una ligera meditación acerca del número cuatro comienza a tranquilizarle sobre el posible final, como el examen de las sustancias combinadas en la probeta hace posible precisar las consecuencias del cuerpo explosivo resultante. Del número uno al tres, las posibilidades de tragedia crecen rápidamente. Un solo personaje apenas puede plantearse sino problemas metafísicos: ser, conocer, existir. Es el monólogo, con toda su total ausencia de choques vitales, Hamlet dando paseos por dentro de sí mismo, persiguiendo fantasmas. Para que surja el conflicto dramático real es preciso contar al menos con dos seres que se atraigan o repelan, que se entable el diálogo, y surjan conflictos que serán fáciles de resolver porque se limitarán a desacuerdos temperamentales, a transitorias ansias de libertad, si se trata de disturbios domésticos. La tragedia reviste

su verdadero carácter al llegar al número tres, en que untercero rompe el equilibrio definitivamente. El grupo social puede admitir al tercero como elemento de armonía, como «el mediador»; pero en el grupo dramático, el tercero es siempre un disociador, la dinamita que hace estallar los bloques más recios. El número tres es fatal en la tragedia bien planteada, que ya solo podrá disminuir, desvanecerse, con la expulsión de un término. Pero la tragedia comienza asimismo a reducirse de tamaño, al crecer el número de actores esenciales. Cuatro principian a ser excesivos. Comienza a intervenir el elemento irónico. Tres mantienen la escena, y uno contempla: y todo el que verdaderamente contempla termina por desgajarse de lo contemplado. En cinco, se relajan ya tanto las cuerdas patéticas que solo falta un leve empuje para penetrar de rondón en los dominios de la comedia de enredo. Seis o siete personajes ya solo pueden producir un coro; pocas veces consiguen encontrar su autor. Ahora, en esta mesa, Arturo señala mentalmente los papeles:

El marido.

La mujer.

Amante primero.

Amante segundo.

El amante primero es Alfredo. Lo delatan sus recios músculos de atleta, capaces de adjudicarle el campeonato en todos los concursos de fisiología galante. Arturo no vacila en asignarse el cuarto papel, se reduce a la baja condición de amante subalterno.

En esta partida doméstica, como en las de tantos juegos de azar, se llamó a un cuarto jugador para que así pudiera continuar el juego: a ese cuarto que frecuentemente pierde, porque, reclutado a la ventura, no conoce las tretas del resto del grupo. Arturo se siente allí como el verso-ripio en una cuarteta pasional.

Y en seguida piensa en eliminarse, cautamente, aun a trueque de agudizar el drama. Tres meses de ternura amorosa han agotado sus posibilidades de tragedia. Como otras veces, renuncia al goce que acaba de disfrutar. Todos sus propósitos podrían medirse por su distancia al deleite. Fatigada, en declive, su carne obedece sumisa al imperativo del espíritu. La tragedia, cansada ya de cernerse sobre las cuatro cabezas, se aburre y se va, dejando abiertas las ventanas al tedio. Matilde se lleva las manos a los ojos: es su gesto favorito, que ahora lo utiliza para simular una jaqueca. Sale, y se enrollan todos los bastidores de la escena. Ni un gesto, ni una sonrisa. Al estrechar las manos deja en cada oído una

fecha. Lejos de Matilde se sienten los tres más cercanos. El recuerdo de Matilde es mejor aglutinante que su real presencia. Alguien propone una excursión. Se sentirán más apiñados en una mesa de café. Silenciosamente van penetrando en la calle, desembocan en una plazoleta oscura. Alfredo ordena:

—A La Perla. Es el caudillo. Uno a uno van entrando en el zaguán.

Dentro del cabaret, los modos de fascinar están ya tan gastados que algunas muchachas inteligentes pretenden ir cambiando todo el repertorio. En vez del pícaro juego de las miradas, utilizan la preciosa geometría de las piernas. A la insolencia ha sucedido el ingenio. Son modales que la sociedad ensaya allí —como en una granja agrícola se ensaya una familia importada de membrillos—, para trasplantarlos luego a los salones. Una tanguista arrebata a Alfredo, y Juan Sánchez intenta continuar sus confesiones. Arturo no disfruta de esa piel especial de oidor de confidencias por la que resbalan sin dejar huella, como el mercurio. Se necesita una sabia flexibilidad para ir acomodándose a las ondulaciones emocionales del confidente, a su intensidad, tono y timbre. El oidor de confidencias suele buscar un rodrigón, un punto de apoyo, para no flaquear en la larga cuerda floja. Arturo encuentra felizmente ese punto en una media de seda que

comienza a disgregarse en el opulento arranque de una curva: punto de patetismo superior al de muchas falsas escenas de caballeros con la mano en el pecho. Arturo contempla, emocionado, aquella pierna profesional, mientras Juan Sánchez persiste en su locura metafísica:

—Ser o no ser. Hallarse a merced de un registro civil, de una cédula falsificada, de un pasaporte. Esperar a que alguien nos diga qué somos…

Las piernas inician un delicioso vaivén para escamotear el punto suelto. Se quiebra la armonía de la mujer sentada, que todo lo fió a la parte inferior, tan esquemática. Un movimiento torpe produce otro más torpe. Si estudiamos la torpeza en sus dos aspectos sinónimos, dinámico y voluptuoso, veríamos que un caso de torpeza rítmica destruye totalmente la sensual. Nada suscitan unas piernas en franco desnivel armonioso.

—Porque nuestro ser es tan frágil que el más leve control lo desvanece…

Un punto es todo y es nada. El geómetra no puede atraparlo, y se lo inventa en el cruce de dos caminos. Es un átomo de la línea, es la larva de un poliedro. Sin ninguna dimensión puede engendrar las tres. Este punto que examina Arturo está describiendo una línea recta.

Se agranda, se ensancha, anula la distancia de su mesa a la de Arturo; unas manos se posan en los hombros de Juan Sánchez, le tapan los ojos, le vuelven la cabeza, le zarandean, le golpean…

—Pero ¿no me conoces, Juanito? Juan Sánchez abre los ojos, atónito; quiere recordar. La muchacha ríe, alborozada.

—¡Pero, este Juanito!

—No recuerdo.

—¡Si eres inconfundible! Tu cara no se olvida nunca. ¿Convidas? ¿Vienes? Juan Sánchez, estremecido, renaciente, se deja arrastrar. (¡Inconfundible! ¡Inolvidable!).

Arturo recorre el cabaret con los ojos, buscando otro punto de apoyo para mover aquel menudo universo de sus imágenes fatigadas. Bebe. Se queda medio adormilado. Pasa media hora. De pronto, le sorprende la presencia de Juan Sánchez. Viene solo, desencajado, lívido. Vencido.

—¿Lo ve? Era una ilusión suya.

—¿Cómo? ¿Quién hace caso de…?

—Nos encerramos… Ella quiso obsequiarme con una cara, con un garbo originales…

Nada. Buscaba a un tal Juan Martínez. Al desnudarme, descubrió su error. ¡Juan Sánchez! Leyó la firma… Se quedó estupefacta. Luego quiso recuperarme… ¿Lo ve? Yo soy siempre otro cualquiera. Es decir, soy Nadie, Nadie, Nadie.

IV

(Apuntemos aquí una interpretación de la verdadera tragedia de Juan Sánchez: es que tropieza siempre con la cuarta dimensión, es víctima de las bromas inflexibles de la cuarta dimensión. Juan Sánchez llega siempre tarde a los hombres y a las cosas. Nunca puede verlos en su tensión suma, en la sola temperatura en que pueden respirar los héroes. Le sucede como al que llega a una pirámide cuando ya el vértice es un redondo muñón y las vertientes son de tronco de cono, todo gastado, arañado por los días, sin hoscas aristas, sin hirsutos filos. Juan Sánchez presintió su drama conyugal; pero al llegar a rozarlo con los dedos, el drama había perdido su temperatura hostil. Si Sánchez irrumpiese en un bosque

salvaje, las fieras le verían llegar indiferentes, porque en aquel momento estarían en plena digestión de alguna caravana acabada de engullir. Cuando Juan Sánchez se acerca a las cosas, todas se le acercan lamiéndole irónicamente la mano, fatigadas, rendidas. El mundo está nutrido de arcos tensos, pero Juan Sánchez los encuentra siempre relajados. La verdadera tragedia de Juan Sánchez es, quizá, su excesiva realidad. En la realidad, los espíritus extremos, las sumas tensiones del espíritu mediocre pocas veces aciertan a encontrarse para producir esa chispa fascinadora que marca niveles ilusorios de humanidad heroica. En la realidad, pasan, se cruzan, se rozan apenas los espíritus. Son casi siempre tangenciales al aro de luz que traza en torno suyo cada ente original; sin que, unas veces por su silencio, y otras por su excesiva charla, logren juntarse para encender temperaturas cumbres. Tal pasión —la de Arturo— entra en juego cuando apenas es ya una sombra. Tal vanidad —la de Alfredo— viene a escena cuando ya logró plenamente saciarse. Todas las pasiones han perdido sus filos, su pólvora cuando Juan Sánchez quiere jugar con ellas, utilizarlas como armas arrojadizas. Solo un astuto novelador consigue armonizar en el tiempo este gran sistema de fuerzas que constituye el tejido dramático: el punto de sazón del deseo femenino, el apogeo viril de los amantes, la extrema temperatura de una cólera, el período de celo de toda bestia humana. Solo un falso novelador puede recortar de aquí y allí trozos

singulares de vida y acoplarlos —como los líquidos en un matraz— para hacerlos hervir ruidosamente, en un momento prefijado. En esta breve reseña de un trozo de la vida de Juan Sánchez, no se tuvo la fortuna de hallar a los personajes en su punto de más alta tensión. Para alguno se adelantó, para otro se retrasó la novela. Aquí aparecen según vivían al ser llamados a figurar en este sencillo relato.)

Hay sobre el tapete, a cuadritos rojos y ocres, un azafate, y sobre él una pirámide de fruta recién cogida. Entra Arturo en el comedor, y se detiene a contemplar aquella voluptuosa agrupación de formas redondas que realizan todas las travesuras de la curva. Mientras aguarda a Juan Sánchez, se divierte en extraer del frutero su esencia cristalina: una pirámide. Este fugaz momento de esperar solo puede llenarse con contenidos infantiles, de tránsito entre dos graves problemas: ahora aplica un método escolar a la percepción geométrica de la fruta. Si circunscribe al conjunto un poliedro cualquiera, el puñado de curvas perderá en deleite lo que gane en precisión; mientras que inscribiéndolo, conservará toda su delicia, aunque pierda en geometría. Bien está asignar su sostén a la fragante arquitectura, pero dejándolo bien oculto. No como andamio, sino como esqueleto.

—Juan ha salido —dice entrando Matilde, recalcando

una extraña frialdad—. Tenga la bondad de esperarle. Tome asiento.

De pie ante la mesa, Arturo balbucea unas palabras de excusa. De pronto advierte que Matilde le hace un guiño impreciso… Acaso anda cerca algún criado… Continúa la espera. Matilde será allí un objeto más. Se acerca a la pirámide, se sitúa en la baldosa exacta desde donde el azafate puede ser percibido con la máxima luz. El balcón está entreabierto, los visillos apenas empañan el cristal. Más lejos, solo vería manchas inconcretas de color; más próximo, algún matiz insolente apagaría el resto. Llega de la calle la porción de sol que pide cada escorzo, porque Matilde sabe administrar bien la luz tan cruda de la tarde. Abre la fruta tres horizontes, cada uno con peculiares deleites: el del color, el del aroma, el del contacto. Son los ojos espías vivaces de la voluptuosidad, de la que suelen consumir la porción más rica, dejando a los otros sentidos el despojo. Traza el aroma anchos círculos sutiles que, según se aprietan, van finamente esclavizando la avidez. Y, por fin, el mismo contorno de las cosas, su forma plena, su piel, abre el último horizonte, la onda más cercana que cada ser provoca al sumergirse en el espacio: onda que se confunde con el perfil, donde se sacia o naufraga definitivamente el deseo. Arturo se enamora súbitamente de la fruta, pero quiere irla poseyendo por grados. A todo gran amor corresponde

una lenta fruición en apurar el lote de goces que origina. Solo se precipitan los que no saben amar. Por haberse precipitado un poco en el amor de Matilde, ha perdido para siempre deliciosos instantes.

Arturo penetra despacio en el aro de los perfumes; aunque cierre los ojos, ya conoce dónde podrá hallar las manzanas, dónde el moscatel y las granadas. Llega con suavidad al último círculo, donde los ojos deben ya prescindir de la visión total y repartirse de escorzo en escorzo, donde ya cada poro se sorbe una sola proyección de belleza. En el azafate hay tres manzanas gemelas, tan tersas, tan bruñidas que parecen de metal.Son verdes, de un verde provocativo, como los ojos del hada Viviana que empujaron a Merlín hacia el bosque encantado. Arturo conoce aquellos ojos por un cromo, y los anda siempre buscando en sus amigas. Ojos fascinadores, ojos duros, insolentes, de huraña malaquita. Arturo acaricia las manzanas; resbalan sus dedos por la fría superficie, rechinando un poco, como en las bolas de bronce de la escalera. Al contacto se apaga toda gula, porque ya el helado roce es el máximo deleite que pudiese provocar la posesión. En la curva piel metálica parece terminar la irradiación de su belleza. Se siente que aquellas lindas esferas, tan cercanas a la pura geometría, no tienen corazón, como otras frutas, sino una línea de cruce de infinitos planos. Lo mismo ocurre en muchos cuerpos de

mujer, donde el espíritu fue desalojado por una estación telefónica de innumerables, de opuestas intenciones. Pero Arturo está cansado de esas otras frutas vivas y sigue contemplando esas tres, tan hurañas, que arrojan fuera de sí la imagen del mundo en torno. Y hay otras dos manzanas; lindos orbes azucarados, que tienen dibujado un mapa con sus diminutos continentes rojos sobre amarillo claro, con sus islotes rosas, carmesíes. Hay tres melocotones aterciopelados, de línea perfecta, cerrada, aristocrática, de un dulce amarillo surcado por una faja granate. Ofrece el mayor la graciosa hendidura de una lozana grupa de adolescente. Arturo la toca, siente resbalar sus yemas por el fino terciopelo, que, a contraluz, se tiñe suavemente de plata, de un rocío blanquecino, como si la luz que retrocedía en las tersas manzanas quisiera ahora sumirse por cada poro, levantando al borde de los microscópicos abismos una leve espuma. La luz se reparte amorosamente por toda la superficie del melocotón, se prende a cada brizna de pelusilla, muere allí, en un dulce ahogo, risueñamente. Arturo prefiere las frutas donde el misterio de la miel traspasa la epidermis; no corre al encuentro del sol, jugando con él como un balón de fuego, pero lo atrapa y lo derrota en la misma superficie, chupándole los colores más lindos. La manzana es una vanidosa que solo persigue el infantil devaneo, y hace de su piel un curvo espejo deformador… Y hay una pera rechoncha, verduzca, elaborada a

martillazos, deforme aún y sin pulir, con su faja terrosa ceñida al vientre, apelotonada, ridícula. Aunque Arturo sabe que bajo aquella piel monótona, agreste, hay una mansa dulcedumbre, blanda, jugosa, sin vanidad alguna.

—Coma. ¿Le gustan?

Arturo ve a mano un cuchillo. Podría ir arrancando tiras de piel de esta grupa encantadora de chiquilla, hasta dejar los músculos palpitantes, con todos sus zumos destilando en plena desnudez. El melocotón es una pella de tierna carne virginal, donde la gula pierde sus brutales acometidas y se convierte en tierna voluptuosidad. Arturo prefiere hincar los dientes, sañudos, en la piel insolente de una manzana. Y, al escoger una en el frutero, se queda con la mano en alto, en la actitud de un ladrón sorprendido. Juan Sánchez entra en el comedor, saludando torpemente. No se oyó timbre alguno; no se produjo en la casa ese pequeño rebullicio que acompaña a la entrada o salida de alguien. Juan Sánchez estaría acechando…

—Les dejo. Tengo que salir —dice Matilde. Cuando se quedan solos, se oye la voz trémula de Juan Sánchez, que confiesa:

—Perdóneme. Iba a matarle a usted.

—¿A mí?

—Le había preparado esta encerrona. Tuve desde hace tiempo la esperanza de que entre usted y Matilde… No ha sido así. No es culpa mía. Reto a la tragedia, pero la tragedia no acude. Tampoco logré nada con Alfredo. Pasaré por el mundo entre bastidores, como un pobre comparsa. Mi vida es de oscuro pasillo de un teatro… «¡Acción, acción!» —me dicen todos—. «Así un día logrará encontrarse a sí mismo.» Ya ve, intento obrar, y los resortes no responden. Nada estalla. Nada se rompe. Todo es fiel, todo es dócil. Mi vida tiene excesivamente engrasadas sus ruedas. Creo que cuando muera será durmiendo. Y me despertaré entre millones de comparsas, de coristas. ¡Una eternidad cantando salmos, donde ya ni el suicidio puede remediar nada! No creo que mi vida merezca otro premio que el de perpetuo corista, ¿comprende? No ser nunca nada, ni antes ni después de existir.

Pasean por la ciudad, salpicada de héroes de piedra. Frente a uno de ellos, Juan Sánchez oprime fuertemente el brazo de Arturo.

—Aquí tiene usted un hombre que continúa siendo.

No era nada, como yo, pero un día soltó cuatro o cinco trabucazos a tiempo, le contestaron con otros, le abrieron el pecho y en él, con grandes letras rojas, le grabaron la firma. Por el agujero de una sien, se le huyó el anonimato. Ahí le tiene. En cambio —piensa Arturo—, el escultor no existe. Es preciso acercarse a ver la firma, como en el cuadro de Matilde.

—Ahí lo tiene usted, inmortal. Tan inmortal como Augusta. —Busque una causa cualquiera —justa o injusta— y mátese por ella. Le erigirán otra estatua.

—La mía solo podría ser la del soldado desconocido.

V

Arturo se siente fuertemente sujeto por un brazo. Es Juan Sánchez, lívido, desencajado:

—¡Por fin! ¡Hoy se hablará de mí en toda Augusta, en toda España! A borbotones se le derrama la confesión. Habla de una gran estafa al Centro Mercantil. Miles de duros, familias en la miseria, empleados comprometidos. Y él, Juan Sánchez, encaramado sobre la catástrofe, arrostrando los insultos, las protestas, las blasfemias…

Hecho «blanco de las iras» de Augusta, acosado por la

Prensa, zarandea - do por la popularidad.

—¿Que ha hecho usted?

—Lo he sacrificado todo: honra, amigos, hogar. Pero el triunfo será total.

—Huya usted.

—No. Espero aquí. Tal vez me detengan ahora. Vea usted la gente. Ya lo saben. Se miran sorprendidos, preocupados. ¡Es mi obra! La multitud se arroja sobre el primer muchacho que llega con un fajo de periódicos.

—¡La Crónica, con el robo en el Centro Mercantil y el retrato del autor!

—¡Mi retrato!

Hiende Juan la muchedumbre y arranca un periódico de manos del chiquillo. Lo abre nerviosamente… Allí está el retrato de Alfredo. Alfredo es el detenido, el autor de la estafa. Juan Sánchez está a punto de caer desvanecido.

—¡Un error! ¡Un robo! —grita—. Alfredo solo es un cómplice vulgar. La idea, el plano, todo, todo es mío. ¡Todo! ¡Él ha sido un obrero! ¡Ladrón!

—Calle. Preséntese a la Policía.

—No me creerán. Me tienen por muy honrado, por incapaz… Una estupidez. Tendría que probarlo mucho y me tendrían por loco. ¡Me han robado!

—Déjelo, pues. Ya averiguarán.

—Me han robado la última ocasión. La última, porque voy a desaparecer del mundo. Arturo le deja hablar, con la esperanza de verlo tranquilizarse. Juan Sánchez le arrastra a un café, donde escribe dos cartas:

—Una para el juez. Otra para Matilde.

—¡Bah!

La ciudad se reparte a jirones la información de la gran estafa. Anochece. El retrato de Alfredo va a ser contemplado en todas las sobremesas de la cena por millares de ojos indignados. Juan Sánchez se encamina hacia el río, seguido de Arturo, que ya comienza a temer por la razón de su amigo. En el pretil, Juan Sánchez se despide, imitando a Tallaví:

—¡Adiós! ¡Velad por Matilde!

—¡Ea, basta de bromas!

—Mi vida no puede continuar. Mañana iría a una cárcel… Lo corriente. Este momento febril que me acaba de robar Alfredo, no podré ya vivirlo. Ya seré siempre el comparsa, el cómplice. ¡No!

—Huya. Sale un tren dentro de quince minutos. Ahí tiene la estación. ¡Huya!

—Quizá… Claro que… Porque en el extranjero…

—Allí se le ofrecerán nuevas posibilidades. No renuncie a ser plenamente lo que es. ¡Huya! —y Arturo extiende trágicamente la mano, contagiado por la escena de folletín.

—Sí, no pierdo tiempo. Pero… Tembloroso, va y viene a lo largo del pretil. El Ebro le invita, con su irónico siseo.

Mira al fondo, se inclina. El sombrero cae al agua, y Juan Sánchez intenta lanzarse tras él.

—¡No! ¡Huya!

Arturo repite el magnífico ademán. Juan Sánchez se

arranca de la barandilla y echa a andar hacia la estación. A poco se vuelve, se detiene en medio del camino, para despedirse solemnemente. El momento es de gran latiguillo… Y un camión que surge de las sombras apaga el gesto final. Definitivamente, en un segundo, elimina de la tierra la firma y el problema de Juan Sánchez, como una goma de borrar.

Paula y Paulita

LA MAÑANA

Estudio en Aguas Vivas cierto período de transición en las evoluciones del paisaje. Hay aquí un sugerente tipo medio entre el patrón natural y el artístico que me recuerda al cuadro histórico, tipo de creación intermedia entre la historia y la pintura. Y culpo de delitos de precipitación al arquitecto del balneario. En unas pocas hectáreas de terreno fue amontonando los relieves pintorescos de muchas leguas a la redonda. Este denso panorama se formó a expensas de muchas otras perspectivas, vacías hoy de sentido decorativo. A buen precio lo habrá pagado todo la administración; porque, maravilla a maravilla, todas las del contorno fueron pasando por el libro de Caja. La colección es ya abrumadora. Aprovecharé la importación de ciertos elementos líricos ultramarinos —un aire porteño capaz de arrobar a Paula— para abrir una brecha en mi charla con esta nueva compañera de comedor. Prefiero seguir paso a paso el curso del lucrativo negocio de las Termas, mientras ella sigue el compás voluptuoso del tango. En el principio fue el suelo desnudo, o erizado de guijarros. Una vara legendaria azotó la roca más hostil, haciendo saltar el chorro caliente que produjo el primer asiento en el

Diario. Se acotó el hontanar, y, como todas las maravillas nutricias y asépticas del globo, fue sometido a un régimen de excepción y a una tarifa. —El hombre es siempre rey de lo creado, a condición de pagar su importe.— Pero el milagro terapéutico atraía a escasos peregrinos, y fue preciso construir, además, un ambiente. Un hombre de negocios suele ser un mal esteta; pero contables astutos, ojo avizor a las predilecciones de los clientes, fueron elaborando el paisaje. Lo que en la protohistoria de las Termas solo fue un clásico pensil, copiado malamente de Teócrito, es ya un fino parterre imitado de Winthuysen. Menos cándidos rosales y siringas, y más espesas frondas y tés tangos. Un día se advirtió en los amantes cierto agudo temperamento lírico, y rápidamente fue abierto un lago verde y rizado, entre cañas y juncos. A otro viajero se le advirtió entre las maletas un ejemplar de La isla del tesoro, y al día siguiente brotó en medio del lago un coquetón islote con tres peñascos, dos palmeras y una cabellera de musgo. La palabra «Venecia», oída al pasar por uno de los camareros, hizo que a la tarde surcaran el agua lírica dos primorosas góndolas. Otro viajero que leía a Zaratustra sugirió la idea de alzar una redonda colina para los profundos aforismos; y otro, que leía a Pascal, la idea de un severo panteón para las graves plegarias. Por atraer al Real Club de Pescadores de Caña, se abrió el cauce a un apacible río; y, previendo la visita de algún tenebroso Ku-Klux-Klan, fue socavada una

roca, preparando así un túnel laberíntico en el mismo corazón de la montaña. Un día la gerencia soñó hacer de las Termas una fastuosa corte de verano, y edificó el Baño del Rey. Bajo un enorme baldaquino de álamos veo el abigarrado pabellón de feria —lacrimosos ajimeces, azulejos friolentos, carcajadas barrocas de monstruos que un día vieron desnudo a algún príncipe canijo—. Se pretendió adular, por el mismo coste, a monarcas y a eruditos; pero tal ambición ha fracasado, porque el Baño del Rey ya solo sirve de dosel a las primicias de alguna apresurada pasioncilla que busca un escenario de opereta. Pero esta caza del cliente —filólogo o poeta, pacífico o turbulento— condujo a una zarabanda plástica. Ahora este paisaje es solo un capricho de Juan Gris. Para unos metros de tela se adquirieron un río, siete rocas, un panteón, una estación ferroviaria, un montecillo de pinos, un lago con su islote para aventuras acuáticas, un parque enmarañado para aventuras terrestres, un parterre y un gran casino. Sin contar un cine y un quiosco de periódicos como elementos culturales. No cupo todo en un plano, y fue preciso intentar una poco armoniosa yuxtaposición. Se construyó al ferrocarril un largo puente aéreo sobre el parque. Al río se le internó por un desfiladero. El montecillo de meditar redujo su espesor hasta convertirse en torreón salvaje, con una escalerilla embozada entre los pinos colgados de los muros. El casino escamoteó algunos chopos y el estanque

redujo su isla afortunada, para abrir una pista más ancha a los peces vestidos de frac rojo que acuden al banquete improvisado por los niños.

Todo fue cruzado de pasarelas, amenazado de saledizos y aleros, sombreado por terrazas. De la primitiva sencillez de Horeb ha quedado un atropellado puzzle decorativo. Recuerdo esos dibujos infantiles que pretenden apiñar el universo en una hoja de papel como el aforista intenta apiñar todo un sistema filosófico en una oración de relativo. Ellos y la gerencia profesan el horror al intervalo, tomándolo por el vacío. De las cosas apenas conocen la intersección de sus planos, pero no la silenciosa y lenta endósmosis de sus mundos circundantes. Por eso el montecillo, tan cercano a la pista de los cómicos peces de frac rojo, perdió toda su serenidad; y al panteón se le fueron horadando, una a una, todas las meninges que contenían su silencio. La capilla quedó desnuda de todo halo patético, y el túnel socavado en la montaña para unos posibles regeneradores del mundo quedó tan cerca del quiosco de periódicos que más bien parecía una cabina de redacción, donde, entre cigarrillos y tazas de café, se fragua o precipita la caída de un concejal. En este parquecillo, la misma yuxtaposición de ambiente. Alineados en poco trecho están la Primavera, el Estío, el Otoño y el Invierno. Son los mismos que se reparten por la escalinata del hotel. La misma doncella desnuda,

el mozuelo del manojo de espigas, el viñador en trance de cantar un fado y el anciano barbudo tiritando bajo la capa filosófica. El escultor traído por la empresa para elevar el tono estético de las Termas no conocía otra fauna mitológica que estos tres varones y una hembra. Su fantasía no saltó de los aros del zodíaco. Y, aun de los cuatro, uno es impertinente. Solo debió contar con tres estaciones. El Invierno es mal cartel para la administración. Parece un viejo reumático, aburrido ya de cocerse inútilmente bajo estas duchas. Este invierno debió ser esculpido con más juvenil talante, por orden de la empresa. Puesto que tenga barbas, podían ser flor de almendro en vez de nieve desgreñada.

Y hay también cierta algarabía entre los símbolos. Cerca del Invierno, corretean dos rapaces futbolistas. Bajo el macilento Otoño, una pareja de novios ríe estrepitosamente. Junto al lozano Estío, sueña una joven raquítica. Y vecinos de la desnuda Primavera, nos sentamos Paula y yo. Paula es una pomposa flor de otoño, que ya comienza a temer el primer hielo.

—¿Y su amiga? —pregunto—. Anoche en el comedor, nos saludamos los tres ceremoniosamente.

—No, no es mi amiga.

—Su hermana, quizá.

—Hija, es hija mía —me interrumpe, envolviendo su réplica en una oleada de miel.

—¡Ah! Ella aguarda el resto, el engarce de los dulces piropos del manual. Consideraciones acerca de la edad posible, de la eterna juventud, del amor que florece. Pero yo corto la cadena en el primer eslabón, y ella va poco a poco chupando el solo bombón que le ofrezco, el sintético «¡ah!» superior a un largo panegírico. Mi glosa interjeccional es la saeta que destapa el tarro de almíbar de su vida interior. A los diez minutos conozco minuciosamente el árbol genealógico de Paula. A los quince su último arqueo de caja, y a los veinte su paralelo sentimental. A los veinticinco, me muestra el termómetro de su cultura —pasó de Conan Doyle a Guido da Verona— y, a los treinta, el barómetro de sus nervios.

Cuando en el examen de esta vida se abre alguna zanja, acudo allí, como profesor celoso de mi deber, a sujetar la pasarela. O a contener el asalto. Conozco que me llega el turno de revelarme, y desconfío de poder pasar airosamente de profesor a alumno. Para resistir el asedio voy preparando preguntas antisocráticas. No de partera, sino de albañil. Las sumerjo en una tina de

emoción, sin importarme fingir interés a trueque de no dejar un hueco, ya inminente, para mi autobiografía. A cada trivial confidencia de Paula, muevo atónito la cabeza, como si escuchase a un testigo de la catástrofe de Annual. Llega a asombrarme que su esposo se llamase Moisés, y que un día le hallasen en un río, ya cadáver, dejando abandonado un almacén de abonos.

Yo preparo un gesto de desdén para mi árbol genealógico de especie común, para mi paralelo, mi arqueo, mi termómetro y mi barómetro; para mi vida sin programa, desierta de aventuras, donde falta aún esa lírica palmera que suelen pintar en los cromos de Oriente para recordar que allí no hay vegetación. Tendré que repetir la historia de otro cualquiera. Por fortuna, poseo una variada colección. En cada peldaño social, tengo instalado un amigo dispuesto a prestarme media hora su biografía. Desde la de un bohemio empedernido que lee a Spencer en un desván, hasta la de un ocioso diplomático que bosteza humorísticamente en los salones. Convendrá elegir la de algún patético amador a quien conmueva la dorada sazón de las mujeres. O inventarla. Me posee tal afán de quieta armonía que no sufro choque alguno emocional con mis amigos. No me importa inventar, precipitadamente, una opinión o un goce estético paralelos al suyo, a trueque de no romper los lazos que me sujetan al resto de la humanidad. No

me tolero idea alguna que no vaya del brazo con la de mi camarada. No creo en el diálogo —fábula platónica— y enderezo siempre mi monólogo exterior en el mismo sentido de los otros. Frecuentemente me olvido de que soy interlocutor, y, por seguir atentamente el hilo del pensamiento ajeno, pierdo todos los enlaces con el mío. Suelo ver en todos tal decisión de mantener un criterio que al punto decido no privarles de su derecho de propiedad. Todas las ideas son del primer ocupante como las sillas del paseo. Yo suelo acudir siempre un poco tarde, y no me queda otro goce que el de pasearme entre ellas, ganando quizá en agilidad lo que pierdo en firmeza. Ahora me felicito de tomar parte en la charla de un modo esquemático. Voy incrustando monosílabos en el doméstico monólogo de Paula. Escucho con los ojos, que tan hábilmente suelen desviar las irradiaciones del espíritu, aprendiendo a ser —ladinamente— el espejo del alma de los otros. Lo difícil es lograr que cada síntesis acuda a recibir su pura expresión adverbial o interjeccional en el momento oportuno.

Soy el timbalero de la conversación, que acecha con la maza en alto para descargarla en el hueco preciso de la partitura, donde la batuta señala el momento del fugaz zumbido. Pero un instante me reparto entre dos sinfonías espirituales —la de Paula y la mía—, y sobreviene la catástrofe musical. Suelto la maza en medio de un

quejumbroso andante. Paula me hablaba de la tragedia de su viudez, y donde la partitura decía «¡Qué pena!» yo ejecuto lastimosamente:

—¡Magnífico!

Y se rompe bruscamente el quejumbroso andante, iniciándose un torbellino de disonancias. Que no concluyen de estallar, porque Paulita se nos acerca por la avenida de las Estaciones, mirando furtivamente la jovial musculatura del Verano.

—¡Magnífico! —repito. Un segundo golpe de timbal aturdirá más a mi interlocutora. Quizá aplaque la borrasca y afirme la explosión del primero. Un error, bien reiterado, pronto se convierte en verdad. Una sorpresa, que se repite, deja de serlo. Por eso vuelvo a insistir—: ¡Magnífico! Ahí viene Paulita. Ahora podemos ir al lago. Las dos me miran asombradas. Tres «¡magníficos!» son un exordio demasiado pomposo para una oración tan trivial. Paulita se sorprende menos, porque a su edad se suele confiar en el éxito feliz de las apariciones.

—¿De veras, me esperaban?

—Sí, sí.

Nuevo gotear de monosílabos que reparto con más juiciosa exactitud, mientras inicio un ensayo de topografía espiritual de las dos mujeres. Es curioso que, solo al llegar Paulita, piense en realizar esta investigación. Quizá esperaba el punto de referencia. Como los malos críticos, suelo operar comparando, o como los buenos impresionistas, por el choque de dos colores. Hasta ahora mi máquina de pensar estaba en ese trance del dialéctico que no tiene quien le formule una objeción. Y la objeción de Paula es Paulita, en lugar de ser su corolario. Se me revela en el empeño de la madre en apagar la efervescencia provocada por la aparición de Paulita, en el modo de cruzar las piernas y en los escollos que opone a la charla aturdida de su hija, que ahora pretende describirnos su tortura hidroterápica. Se estremece deliciosamente al recordar la ardiente ducha que le acaba de tejer un peplo de Deyanira. Paula se precipita a borrar de mi campo visual estas blancas sinuosidades de la desnuda Paulita, trémula bajo la lluvia ardiente, tan cercana al temblor de una Dánae bajo la ráfaga de oro derretido. Paula se apresura a recordar su «baño de placer», donde la carne no sufre temblores enfermizos. Pretende sugerir la visión dorada de una opulenta Cibeles, sumergida en la lluvia de octubre. Está sentada entre Paulita y yo, y presiento que ya siempre ha de ser un muro de contención. Me propongo fijar en él muy divertidos pasquines. A través del muro, voy midiendo los relieves de la espiritual

topografía de Paulita. A mi primera vehemencia opone la ducha fría de su voz, una voz metálica que prodiga sus tañidos con cierta coquetería incapaz de encubrirme su táctica ondulante. Necesitamos sacrificar siempre un sobrante de inteligencia para hacernos perdonar el resto. Así, una mujer hermosa debe sacrificar una parte de su belleza para hacerse perdonar toda la demás. El sabio suele elaborar torpemente algunos chistes para hacer soportable su sabiduría. Así Paulita parece haberse elaborado una voz agria, erizada de ortigas para ofrecer un talón a las flechas enemigas. Ella prefiere arrojarles esa voz destemplada, como un mendrugo de pan que se alarga al mendigo, mientras se oculta el sabroso pastel.

Pero, ante mí, Paulita no tiene que hacerse perdonar nada. Por eso me hiere su insistencia en desviar una naciente admiración. A cada minuto su charla es más disonante. Paula, en cambio, que intenta hacerse perdonar la madurez de su belleza, impregna su voz de caramelo. Con pretexto de la angostura del banco —Paula piensa en mi timidez al sentir apretado su caliente muslo contra el mío—, acerco una silla y me siento frente a las dos. Tengo así dos enemigos que siguen la misma trayectoria, pero en sentido opuesto. Soy el vértice de un ángulo, cuyos lados son sendas miradas de muy desigual temperatura. Por un lado, brisa filtrada por cañas de azúcar; por otro, una ventolina punzante, tamizada por un zarzal. Se

combinan en mí dos propiedades contrarias. Y me tortura un problema fisiológico, el de hacer independientes mis dos retinas. Tengo que mirar alternativamente, midiendo con exacta precisión los segundos que empleo en cada mirada. Cuando me detengo en Paulita, Paula acentúa su emoción, azuzando mi impaciencia. Soy el fiel de una balanza, cuyos platillos tienen muy distintos pesos. No puedo mantener el equilibrio. Callamos los tres, y ya decido mirar solo a Paulita, que, desplegando el abanico de todas sus coqueterías, comienza a saludar insistentemente a un joven que lee junto al quiosco. Y ella mirando hacia el quiosco, y yo hacia Paulita y Paula hacia mí entablamos una corriente de inesperada simpatía hacia el librero que cree ver en nuestros juegos de inquietud una interrogación mercantil, y grita:

—Ya están aquí los libros.

—Bien —le respondo—. Al salir, los recogeré. ¿Vinieron todos?

—Los diez. Paula, la voraz lectora, admira a este nuevo camarada, que adquiere libros de diez en diez. Quizá adivina en mí un fácil cómplice sentimental. Muy halagada, dice:

—¡Oh! Yo también deliro por los libros.

—A mí me fastidian. Apenas leo nada.

—¿Y ésos?

—Están en blanco. Debo ganarme la vida escribiendo en ellos.

—¡Ah! Conozco que he añadido a mi estatura un codo. Paula me cree autor de novelas pasionales y yo quiero prolongar este período brumoso en que son elaborados los héroes.

Me siento convertido en creador de almas y paisajes, y decido acercarme al estanque en calidad de guía profesional. Apoyados en la baranda, seguimos el lento cabeceo de una góndola verde, en la que rema Casanova, pintoresco empleado de las Termas. Yo sé —por confidencias del botones— que ese mozo debe enamorar este verano a doce clientes, según proyecto de la administración. Otras temporadas hubo dos empleados para esta difícil tarea de atracción sentimental; pero el más astuto huyó a América con la bañista más asidua, dejando doblemente burlada a la gerencia. Desde entonces, este Casanova de doce pesetas, cincuenta céntimos, fue severamente vigilado.

Un esbirro del gerente le empuja a estrechar los asedios, a reiterarlos, a pasear su bello cinismo por el andén, asaetando con miradas arrebatadas a alguna viajera poco decidida a curar su artritismo en Aguas Vivas. Él, por no perder su condición de prospecto vivo, ensaya cada día una aventura resonante, que será fielmente registrada en el libro Diario. Ahora deja en la orilla a una muchacha que se interna en el parque, tristemente, volviendo los ojos hacia el remero con quien acaba de recitar la barcarola de turno. Cuando ella desaparece, Casanova, que ya atisbó a Paulita, comienza a ejecutar otro número del programa. Paulita comienza a mirar al agua, y, por fin, al empleado sentimental. Paula me habla, entretanto, de La vida comienza mañana. Yo asisto a los preliminares de un ataque, y me asombra la táctica certera del joven Casanova. Entre él y Paulita van y vienen los primeros proyectiles. Nada puedo hacer por impedirlo. También yo sufro mi asedio, sin lograr saltarme el muro.

Es la hora del almuerzo, y regresamos al hotel, seguidos por las miradas ávidas del reclamo. Ahora temo que al llegar al quiosco mi oculta biografía vaya a ser revelada por el indiscreto librero. Intento pasar sin que él lo advierta, pero no lo consigo. Viene hacia nosotros, mostrándome un paquete.

—Aquí están los diez libros.

—Que los lleven al hotel.

—Quiero que usted los vea. Mire. Buena calidad. Borrador, Mercaderías, Diario, Inventarios y Balances, Mayor, Caja…

—Bien, bien. Paula y Paulita siguen atónitas el catálogo. A los pocos pasos, Paulita dice burlonamente:

—¿Escribe usted novelas por partida doble?

—Yo no escribo esas cosas. Soy profesor mercantil, y éstos son mis instrumentos de trabajo.

LA TARDE

Como el terreno escasea, las últimas casas de Aguas Vivas se internan, apretujándose, en las Termas, y las Termas prolongan sus hoteles hasta el corazón del pueblecito. Hay un paraje común, la avenida de las caricaturas, que comienza en el quiosco de los libros y termina en la iglesia parroquial. Idolillos a los dos extremos, unos de palo y otros de papel. Y dos corrientes, la del pueblo, que viene a huronear en el balneario, y la del balneario, que destaca algunos enfermos, ya dispuestos a cambiar de enfermedad: el reuma por el turismo. Nunca se producen choques, sino cierta penetración pacífica. Hay bruscos intercambios de dialectos y prendas de vestir. La bañista caprichosa, que viene a hacer vida de aldeana, y la rolliza moza que comienza sus lecciones de señorita de ciudad. Una raspa su idioma, y la otra lo embadurna con barro de aldea. Una estrena su primer chal, y la otra sus primeras alpargatas. Algún madrileño aprende a blasfemar al estilo de Aguas Vivas, y los mozuelos de Aguas Vivas repiten torpemente el último truco de la Puerta del Sol. Una garrida Aldonza es asediada por un grupo de señoritos, mientras dos labriegos se ensayan torpemente en flirtear

con Mary, picante tobillera desprendida del rodrigón de la institutriz. Estamos en una zona ambigua, intermedia, capaz de producir divertidas caricaturas. En todo paisaje humano hay un abismo para las tragedias, una meseta para la meditación y una feria para la caricatura. Este balneario se proveyó de las tres cosas. Tiene un lago romántico, una colina filosófica y esta avenida, cordón umbilical que sujeta el balneario —fruto provisional de civilización— al vientre moreno de la aldea, tal como aquellas campesinas visitadas por los antiguos reyes cazadores, que inopinadamente daban a luz un príncipe en vez de un gañán. Si aquí tuviese alumnos para algún cursillo de aritmética aplicada al paisaje, dividiría mi faena en tres lecciones, una por paisaje. Porque hay tres balnearios, el matinal, el vespertino y el nocturno. Tres panoramas vivos, con su idioma, su lago, sus chopos, sus trenes, sus pinos y sus tedios diferentes. Tres almas distintas de riqueza emocional justamente interpretada por los prospectos de la administración; aunque algún astuto marchante de pintura rebajaría las tarifas del alma triple de este cuadro. O acaso el alma de la tarde alcanzaría una cotización más alta. El día está ahora maduro.

A la mañana estaba aún en agraz, y al anochecer comenzará a pudrirse. Le invadirán lentamente los gusanillos pálidos de los luceros, y se irá desprendiendo, hecho informe masa negra, de la rama del almanaque.

Ahora está el día en sazón, en su punto emocional, entre la excesiva inocencia blanca y la dorada sensiblería. El sol le adula, le bruñe, le redondea los contornos, gasta su última vehemencia en hacerse perdonar con mimos la tiránica opresión de la mañana. Esta soberbia del sol que entonces imperaba como frenético dictador, sorbiendo con su enorme esponja blanca los matices del parque, de la colina y del lago; este lienzo abrasado que secaba implacablemente los zumos de la tierra, dejando bajo la bárbara violación una carne extenuada; esta catarata de luz termal que llenó hasta los bordes el hondo aljibe donde se amontona el balneario, es ya humilde caricia que recorre el cuerpo fatigado, sediento, haciendo revivir carmines, rosas, violetas, subrayando con sus besos el pulso azul de la amante. Es la hora en que el sol se cansa de poseer la tierra, y prefiere jugar infantilmente con sus hijos, los colores. Y se van multiplicando los paisajes, a expensas del venero hidroterápico. Hay tantos como bañistas. Pasa un agustino leyendo su breviario. Para él Aguas Vivas es una piscina, llena de tentaciones, como toda asepsia, donde se cuece la carne pecadora para poder servir más ágilmente al espíritu. Cada bello trozo de planeta es una antesala del cielo; o del infierno, si es abrupto. Un labriego solo ve en esta cuenca cierta frívola parcela robada al cultivo, y un deportista cierto posible campo de fútbol a costa de unas docenas de álamos. Un botánico piensa en colgar un cartelito en cada tronco,

mientras los amantes solo miden el espesor, y el albañil la largura de unas futuras vigas. Yo he visto al guarda contar todas las mañanas los geranios que brotan en cada arriate, y pienso que solo puede hallarse la justa expresión del balneario contemplándolo con la serenidad de un contable que encuentra su exacta equivalencia en cifras. Mejor que exprimir sus jugos líricos, tan arbitrarios, es fijar exactamente el número y el precio de cada flor. No tengo empeño en aplicar a la consideración del paisaje mi criterio profesional, sino de señalar la inconsistencia de las demás valoraciones. El poeta no suele ver el paisaje, porque trae siempre consigo modelos más complicados. El pintor, tampoco, porque teme pintarlo tal cual lo ven todos los demás, lo que le haría fracasar en la primera exposición. Ni siquiera puede verlo el topógrafo que lo palpa y mide palmo a palmo, como no suelen ver a una mujer hermosa los especialistas de las enfermedades de la piel. Por el plano ferroviario, superpuesto a la avenida de las caricaturas donde callamos juntos Paula y yo, cruza un tren muy risueño que, en vez del negro penacho de las ménades, arrastra un albo ronsel de pañolitos de batista. Es el tren de la tarde, desde donde nos saludan viajeros que nunca nos han visto, bien diferente del tren de la mañana, en que se esquivan, lacios y avergonzados, los mismos novios en fuga; o del de la noche, en que se evitan las confidencias del amigo de la niñez. El lago, que a la mañana latía apenas, meciendo una lancha

donde jadeaba un adolescente y se erguía una institutriz, suelta ahora todas sus góndolas y abre la jaula verde de sus locos vientecillos que saltan brizando las ondas y pintando en el agua los árboles del contorno, que borran precipitadamente al ver en su dibujo una trivial fotografía.

Es la hora en que el bañista rompe su severo régimen y pide al camarero la copa de coñac, penosamente aplazada durante el resto del día. Hora en que fracasan las recetas, y el balneario asegura la nueva visita de los clientes, como el sagaz zapatero deja disimuladamente en los zapatos un trozo endeble de piel para asegurar la venta inmediata de otros nuevos. Yo mismo, que durante la mañana apenas logré percibir las deliciosas incitaciones de la sinuosa epidermis de las Termas —que se vende a trozos, en las postales de aguas vivas—, ahora percibo los latidos de cuatro provincias diferentes, superpuestas. Siento palpitar cuatro mundos paralelos, uno en el subsuelo, mi avenida, y dos sobre mi cabeza, el ferroviario y el celeste. Mi lección titulada Las Termas al atardecer tendría, pues, cuatro capítulos.

Capítulo primero. Paisaje subterráneo. Panorama de aventuras forjadas por una subconsciencia telúrica, hechas ya razonable historia por un ingeniero, un químico, un galeno y un contable. Milagrosa geometría de agua que,

después de resolver sus menudos problemas interiores, estalla hecha gavillas calientes, desparramándose sobre los hombros y la nuca y los pechos de Paulita, y resbala por los canales rosas de la espalda y del seno, y se reparte por el regazo y los muslos temblorosos bajo el vivo encaje. Milagrosa geometría de agua que para cada prodigio reclama un vale de la administración, como en Lourdes cada maravilla supone cierta jaculatoria.

Capítulo segundo. Paisajes atmosféricos. Meteoros. Nubes alcanzadas por el incansable falo de un picacho adusto, sordo a todos los afanes de pura ordenación de la gerencia. Goliat autónomo —o acaso regido por la ley de Zaratustra— que sirve de voluptuoso enlace entre el plano aéreo donde se fraguan las tormentas y los dos planos inferiores donde cierto desequilibrio de humores junta al azar seres humanos que nunca podría reunir un puro equilibrio de emociones. En este capítulo habría un minucioso recuento de los azules que el día renueva a cada hora para responder a nuevas demandas de reactivos líricos; y otro, de las vagas danzas de nubes que acuden a curar al azul de turno de una posible monotonía. En su danza de ayer se asestaron epítetos fulminantes, haciendo estallar una ducha no prevista en las tarifas. Para resguardarnos de la lluvia, Paulita y yo nos refugiamos en el Baño del Rey, mientras Paula, inquieta, nos buscaba en el casino. Aturdidamente brotó de mí

otra lluvia tan espesa de haberes y deberes, de saldos y balances, pasados del Diario al Mayor, y del Mayor a la Retórica que Paulita me volvió desdeñosamente la cabeza, dejándome asomado a un ajimez, como un héroe de Zorrilla.

Capítulo tercero. Plano ferroviario. Enorme signo de igualdad entre todos los tedios del orbe, que la Agencia Cook no puede hacer más soportable. Vidas que pretenden desplazarse inútilmente. Torbellinos sugerentes que nos invitan a huir de este aljibe medicinal. Ríos espesos que enfilan su cauce hacia los remansos cenicientos de las estaciones. Plano teratológico. Monstruos de granito. Larguiruchos peces que se anegan en la caverna del Ku-Klux-Klan, después de abrirse en el vientre una cadena de heridas por la que se asoma Jonás sumido en la panza irrespirable, impaciente por ser vomitado en un andén. Una tarde cualquiera se tragará a Paulita. La veré sonreír un momento al cruzar sobre la avenida de las caricaturas, y sumergirse en el túnel, definitivamente. Su pañuelo, al ondear en el aire, borrará entre los dos todo signo de enlace, como yo borro el signo X de entre dos monomios. Alguna vaga postal me hará más evidente su total lejanía.

Y, ya en el cuarto capítulo, en este plano donde soy cierta figura silenciosa, al margen de las olas que van y vienen, voy midiendo el desnivel de mi atención ya

siempre inclinada hacia el platillo donde rebullen las risas de Paulita. Podría apiñarse todo el orbe en el otro platillo, y siempre vencería en mí este poco de espuma luminosa que es una risa de mujer. Siento vivamente que ya no soy eje del pequeño mundo de mi vida, yo que me ufanaba de ser el centro de Aguas Vivas y de todo el mundo. Soy tangencial a otra esfera vibrante. Giro a ciegas en torno a otro centro del universo. Paulita me ha arrebatado el trono. Aturdidamente, me fui desviando del corazón del orbe que era mi propio corazón. Mi ritmo es ya prestado. Soy un instrumento más en la gran sinfonía.

Ya los cuatro planos, y todos los que pudiera trazar aquí un geómetra loco, cruzan sus diagonales en un punto que no soy yo, sino Paulita. Porque solo el amor puede hacernos abandonar el eje del mundo, para cederlo a una mujer. Es ya inútil mi primera versión de los orígenes del balneario. Reconstruyo la precipitada monografía, porque advierto que también el pasado enlazó los eslabones de sus horas para prender al fin de la cadena esta mañana memorable en que vi llegar a Paulita por la avenida de las Estaciones. Las Termas fueron construidas para que una mañana apareciese Paulita en medio de ellas. Y todo lo que veía yuxtapuesto, acumulado según artificios mercantiles, sin otro plan estético que engrosar la Caja, se me armoniza ahora y se me reparte en jerarquías claras, vitales, luminosamente definidas por la distancia

que les separa de la boca sensual de una mujer. Todo se fue escalonando dulcemente, vibrando en torno del nuevo eje de perspectiva. El parque y el lago, la colina y el río aguardan el ímpetu de una nueva carcajada de Paulita para cambiar de ritmo. No me importa verla desaparecer entre los árboles, porque en cada hoja sorprendo un halo de la luz de su frente azotada al pasar por una rama. No me importa su huida, porque en cada piedra sorprendo la huella de sus pies. Además, ha dejado a mi alcance su propia caricatura. Porque Paula es la caricatura de Paulita. Su mismo rostro, deformado por el más irónico dibujante, el Tiempo. Su mismo lenguaje, deformado por el más lamentable retórico, el otoño.

Sentada junto a mí en una butaca de mimbres, siguió con los ojos la fuga de Paulita y se hundió luego en la diáfana turbulencia de mis pupilas. Me sigue hablando de su almacén de abonos, al que opongo —en este vago terreno didáctico-sentimental en que nos debatimos— una perfumería. Con el pretexto de adiestrarse en la teneduría, para inspeccionar a su empleado, me persigue a todas horas, planteándome problemas infantiles. Yo los resuelvo sesudamente, añadiéndoles —como el hermético poeta a sus versos— un poco de obscuridad. Así puedo detenerme, retrasar la solución, y con ello evitar los corolarios. Estos problemas económicos suelen tener una desviación sentimental, impertinente

para todo buen financiero. A cada hora llegan remesas de perfumes. Nuestra hipotética tienda —símbolo del auténtico almacén de abonos— tiene corresponsales en todos los países fabulosos del aroma. Nadamos entre cajas de sándalo y de cedro, abarrotadas de frascos de jazmín y de acacia, de incienso y de benjuí. He volcado en el libro Diario todos los perfumes cantados por Orfeo. Proveemos a grandes almacenes. Prodigamos el regalo y el anuncio. Preferí que negociásemos con perfumes para exaltar un poco el doméstico ambiente de Paula, tan nutrido de esencias minerales y de páginas almibaradas de El caballero del Espíritu Santo. Pero es difícil colgar festones líricos a una caricatura, sin caer en el pueril melodrama. Fatigado por este vaivén humano, cierro los ojos y pretendo iniciar un viaje a mis remotos países interiores. Pero este viaje es lo más parecido a un sueño, y Paula, creyéndome dormido, me insinúa:

—Podríamos pasear.

—Bien.

—¿Hacia el pueblo?

—Sí.

A los pocos pasos, sorprendemos a Paulita enlazada a Casanova. Rápidamente abandona el brazo alquilado, y continúa su paseo. Paula nada dice, pero leo en sus ojos la alegría de restarse una rival. Ya no es madre, sino amante. He creado un mundo armonioso para que Paulita le marcase el compás, y ella, soberana de un orbe, prefiere someterse a un tiranuelo advenedizo. Se aleja del foco del Universo por ir en busca de un trivial cotizador de aventuras, tan mercenario como cierto robusto seudoartrítico que, a la cuarta inmersión en la piscina, salió ayer «por su propio pie» y, arrojando aparatosamente las muletas, proclamó ante todos los enfermos verdaderos el triunfo hidroterápico de las Termas, correspondiente a este verano.

Como otras tardes, acudimos a saludar al pequeño granado que asoma sus brazuelos por la tapia de un huertecillo. Es amigo antiguo. Y da gozo verlo abrasarse. Todos los julios se incendia. Todos los veranos se cuaja de estrellitas de fuego, que se convierten en ceniza sin aguardar rescoldo alguno en los lindos caparazones. Este granado es muy vehemente, como el tropel de rapaces que cruza ahora la montaña, detrás de un borriquillo cargado de fruta. Yo escucho las cien lengüecitas de llama que cantan la alegría de consumirse inútilmente. Porque nunca se grana su aliento en los gordos cristales bermejos, donde el ascua se hace miel. El pequeño granado se agita

dentro de su aro de eucaliptos, apagando poco a poco sus estrellas. Los manzanos pintan a lo largo de la tapia una larga teoría de figuras turbulentas, que se entregan a una danza sin música, bajo la batuta del aire. Se transmutan todos los valores pictóricos de las cosas. Esta fina piel del color que recubre Aguas Vivas ha abierto ya sus últimos poros para sorber la ducha final. Solo las nubes, carne alada, sin epidermis, prenden en sus grandes esponjas, en sus marañas informes de hilos de agua, de fibras al vivo, la postrer ráfaga, huidiza, que se filtra por el tamiz, como la paja rubia por el harnero, hecha fina polvareda, nimbo de oro de la gran naranja viva.

LA NOCHE

Viene Paula Tan Lozana, tan oferente de su placentera madurez, que, al estrecharle la mano, no puedo contener la válvula y brotan de mí tres pares de signos de admiración:

—¡Paulita! ¡Deliciosa! ¡Arrolladora!

—¡Por Dios, profesor!

Contengo el torrente admirativo. No puedo soportar esos signos ni en la vida ni en el arte. Debí detenerme en la primera pareja. Paula, al sentir su nombre acariciado como un juguete, casi llora de emoción. El resto no le importa gran cosa, porque ya pertenece al arte sutil del tocador. Conozco bien en la ternura de sus ojos que ha sorbido el zumo almibarado del diminutivo, y reitero generosamente:

—¡Paulita!

Reflorece. Se alisan las furtivas arrugas de su rostro recién pintado. Se enciende su boca bajo el carmín. A

poco más se derretirá el revoco, y asomará por debajo una piel nueva. Siento bajo la mesa el trémulo contacto de sus rodillas. Si sigo aniñando su nombre, va a convertirse en esa dócil muñeca que nos ofrece ingenuamente todos sus resortes. De la cálida matrona va a quedar una pudorosa adolescente que despierta al amor. Si toco ahora sus senos los sentiré endurecerse y apretarse como dos yelmos de príncipe niño que juega a las batallas. Cruza por sus ojos la tímida centella de la paloma asustada que no sabe dónde guarecerse al escuchar el primer proyectil.

—¿Y la niña?

No quiero preguntar: «¿Y Paulita?». Sería robar a Paula su juguete, por regalarlo a quien me lo arroja a un rincón, entre los viejos piropos del Casanova de las Termas. Si el idioma contase con otros diminutivos elegiría el más menudo para la verdadera Paulita. Pero el sustantivo castellano es viejo arbusto donde ya han florecido demasiados retoños. Soy un Adán que dispone de un lote muy corto de palabras, en este edén hidroterápico donde solo conté con una Eva.

—La niña tiene un poco de fiebre. Está algo débil. Las duchas la tienen extenuada. Lo dice como si apartase un estorbo de la conversación. Para arrojarlo fuera, definitivamente, añade, sonriendo:

—Hoy está más animado el comedor.

No dispongo de una clara síntesis del comedor, y prefiero elaborarla con lentitud para no precipitar el diálogo. Salta mi atención de mesa en mesa, posándose unos instantes al borde de los platos, entre cada dos comensales. Reconozco a nuevos bañistas. Todos los gremios, todas las latitudes sociales nos envían algún miembro averiado. Hay en el comedor un viajante, dos frailes agustinos, tres alféreces, un novillero, un párroco, dos monjas, un usurero, un canónigo, un cirujano, un contable, cuatro rameras, un profesor de esgrima y ocho señoras indeterminadas —son datos que me ofrece la gerencia, donde todos los demás viajeros anotaron su profesión diáfanamente, menos el usurero que empleó un eufemismo, y las rameras que prefirieron apelar a una metáfora—. Las serpentinas de las charlas se espesan, se entrelazan, tejiendo sobre los platos una cúpula abigarrada, vibrante. Están aquí todos los dialectos y todos los tonos, acentos y ritmos del idioma, sin que puedan producirse choques entre las regiones de diversa temperatura, porque operan todos en terreno neutral, en un sanatorio donde se acoge a los heridos de todos los frentes. Tampoco surgen escaramuzas de especie ideológica, porque cada uno desconoce totalmente el idioma profesional del compañero de mesa, o lo acepta con desmesurada complacencia. Sus monólogos paralelos

no pueden encontrarse en un punto donde estalle la chispa, porque lo prohíben leyes de geometría y de dialéctica. Solo el párroco y el canónigo —seguramente tomistas— podrían disputar con los dos agustinos, si aún quedase en el dogma algún punto opinable; pero, después de veinte siglos, nada queda ya por discutir. El usurero departe con el cirujano, y el profesor de esgrima con el canónigo. Cada oficial cuchichea al oído de una cocota, y el viajante, más experto, pide nota de precios a la cuarta. El párroco recibe la confidencia de una señora indefinida, mientras el novillero explica a la más anciana unos pases de muleta premiados con el rabo. Solo los agustinos permanecen mudos, o siguen quizá un ruidoso monólogo interior para aturdirse y no oír a la cuarta venus que pone en grave aprieto la serenidad del comedor. Su jerga profesional va siendo inteligible para todos los bañistas, y el oído menos indiscreto ha podido recoger una vibración del dominio privado y de sentido internacional. Paula me mira, interrogante. Espera dócilmente a enojarse, si yo me enojo; o a sonreír, si yo sonrío. Casi a un tiempo brotan las dos sonrisas. Es un pacto de indulgencia.

Después de cenar, emprendemos el paseo de otras noches. Hoy no nos sigue Paulita con aquel aire de fastidio que desaparecía al asomar el empleado Casanova. Acaso la fiebre de Paulita haya sido producida por un cambio

de número en el programa del organizador de aventuras. Habrá ya otra heroína de novela. Su contrato con la empresa le exige elaborar un gran stock de añoranzas, que, durante el invierno, harán evocar líricamente el balneario. Diez o doce corazones nuevos propagarán la dulzura del clima sentimental de Aguas Vivas, porque allí aprendieron a amar y a padecer tiernamente. Casanova siembra así una cosecha espléndida de recuerdos, rivalizando con el proveedor de tarjetas postales. La nostalgia empujará a nuevos ataques de artritismo, o, al menos, de vaga parálisis del espíritu, que solo puede curar el régimen de las Termas. La empresa conoce el corazón humano.

La aventura es un denso trozo vital, incrustado en un vacío de la larga y monótona cinta de los días. Injerto de vida intensa, de imposible repetición, pero de interminables vibraciones. Provoca una muy alta temperatura del espíritu que luego se resiste a descender un grado. Y entre los proyectos, de la empresa figura el de elevar todas las temperaturas emocionales de sus clientes, aun las más exóticas. Por eso atiende con esmero al negro del jazz-band y a las palmeras del islote, a las góndolas del lago y al quiosco de novelas, al tango porteño y al empleado Casanova. La empresa conoce bien el alma femenina, aunque no ha leído a Simmel. Salimos al parque, entre grupos de bañistas. El paisaje ha desaparecido, y

solo quedan ciertas vagas sombras de árboles y de nubes de sentido teatral melodramático. La tarde se llevó todos los colores, y apenas algunos árboles destacan unas tulipas verduzcas para las bombillas. Cruzamos la avenida de las caricaturas, hervidero de glosas triviales y de idilios reglamentados. Yo prefiero contemplar el hervidero desde el montecillo de Zaratustra, como otras noches. Allí, en plena soledad, rodeado de ruidos ya filtrados, suelo recordar algún teorema algorítmico, más exacto que las grandes afirmaciones puestas en música más allá del bien y del mal. No temo profanar el lugar abriendo en él mi abanico de fórmulas mercantiles, mientras se desvanecen la dos horas del cinema que me separan de la media noche. Paula y Paulita prefieren el film al concierto armonioso de los mundos —así lo llama el clásico, dejando entrever la idea de conciertos desconcertados—. Yo desdeño el film y el concierto mundial, y preparo alegremente mi próxima lección. Es muy lento el aprendizaje de Paula. Cada día recibimos —bajo nuestra joven diosa Primavera— partidas nuevas de perfumes, sin que Paula —«Viuda de Moisés Rodríguez. Almacén de Abonos»— sepa darles salida.

Hay letras protestadas, clientes sin servir, enormes discrepancias entre el Diario y el Mayor. Cuando mi alumna pretenda inspeccionar a su empleado, apenas sabrá hallar diferencia entre un saldo deudor y otro

acreedor. Pero esta noche se nos prepara otra minuta de emociones. Paula suprime el film y prefiere asistir conmigo a una sesión de fuegos artificiales, que tendrá lugar a orillas del estanque.

Yo apunto la idea de asistir desde la cumbre al espectáculo. No quiero alterar mi programa, aunque presumo que ha de sufrir interpolaciones sentimentales. Desde la cima se percibe claramente el tercer paisaje. Comienza a vivir el artificio, mientras dormita la naturaleza. El casino, el cinema, el quiosco, todo lo que durante el día era apenas un blanco entrepaño en las ocres y verdes arquitecturas de Aguas Vivas logra ya el énfasis de un vanidoso primer término. Los pálidos frutitos eléctricos, antes ocultos en las ramas, han estallado a un tiempo, trazando en la negra pizarra del parque encendidos paralelogramos.

Un nimbo de mosquitos sueña en vano con chupar a cada fruto no sé qué etéreos almíbares. La civilización es verdugo de muchos inquilinos del aire. Mientras el racionalismo filosófico va suprimiendo a los búhos el aceite de las lámparas rituales, la física aplicada prohíbe a las mariposas suicidarse en la tenue llamita de los candiles. Cada cerro se emboza en su negra hopalanda, donde han prendido un festón de luminosos cascabeles. Algunas lucecitas puntean la espiral que hemos seguido

para subir al mirador. Sobre la cima, la enorme plana celeste luce su milenaria ortografía, donde la luna es solo una coma. Dentro de mí todo recobra su equilibrio. Cada mohín despectivo de Paulita ha sido un empujón que fue acercándome de nuevo al eje del mundo. Me había desviado para cederle el puesto; pero ya está corregida la penosa desviación. Vuelvo a tener el cetro del paisaje y del orbe, usurpado unos días por el maravilloso amor, que si «mueve el sol y las demás estrellas», mejor puede mover un alma de profesor mercantil. Conozco mi reconquista en las arbitrarias elipsis que todas las cosas van describiendo en torno mío, ellas que, durante mi obscura servidumbre, cambiaron de foco por adular a Paulita.

Yo las vi trazar en derredor de ella órbitas nuevas, pidiendo la merced de un ritmo. Habían aprendido una lección de serenidad y armonía, pero ya giran otra vez al compás de mi infantil batuta. Adoptan sus antiguos escorzos, mostrándome la lengua, al pasar, como chiquillos traviesos. He perdido el sentido arquitectural del Universo, al perder la clave del gran arco; y, rota ya la cúpula, solo me resta jugar al ajedrez con las dovelas. Las cosas recobran para mí su condición de muñecos cotizables, que puedo ir escalonando a capricho en las montañas de corcho de este belén de Aguas Vivas y en todos los belenes de la tierra. Se me apagó el armonioso

lucerito encendido en lo alto de la frágil armazón, y solo queda entre mis dedosun irónico facsímil. Y una dulce golosina entre mis labios:

—¡Paulita!

Vibra mi voz tan emocionada que Paula se estremece. Acaso duda haber ella producido esta inquietud que ahora le prende en las manos el ímpetu gozoso del deseo. A mi voz contesta, allá abajo, un loco chisporroteo de cohetes. Súbitamente, cruza sobre nosotros una oruga encendida que persigue a un mástil invisible para enroscarse en él. Sobre el parque se desgajan dos granadas maduras, sembrando de pupilas rojas la terraza del Casino. Cada junco lleva oculta la llave de una jaula de pájaros de oro y luciérnagas moradas. En otro, bulle un haz de espigas amarillas, y otro crea en la alta sombra un maravilloso océano invertido, con sus marañas de coral, sus escamas de plata y ojos verdes de sirenas.

Hay cohetes ebrios que se entregan a una danza epiléptica; cohetes turbulentos que prorrumpen en furibundos cacareos; cohetes anárquicos que esconden la bomba entre un puñado de confeti. Pasado el estruendo, sube sereno, mudo, un cohete heliógrafo que otea en la negrura estremecida el vuelo de un avión de soñadores.

Por seguirlo con los ojos, me olvido del contacto febril de las manos de Paulita, que susurra impaciente:

—¿Le gusta?

—Mucho. Vuelvo a ser niño. Un niño atado a la tierra, que quiere seguir a otro más ágil camarada. El cohete es un niño funámbulo que se precipita a corregir la plana del cielo. Lo digo riendo, mientras oprimo ardientemente las manos de Paulita. El relente engarza en mis nervios una vibración muy semejante al ritmo impetuoso del amor. Paula se refugia en mis brazos, y pronto son uno, dos estremecimientos. Se sienta en mis rodillas, y ya no veo en su rostro —vaga sombra cenicienta— la línea cruel de la caricatura. He vuelto a ser niño, entre mis juguetes luminosos, y a tender mis brazos a los niños, que no comprenden la ironía, fruto de lamentable madurez.

Ahora sube un cohete que escondió en su cucurucho los planos de una maravillosa catedral. Como todos los niños aturdidos, realiza a medias su proyecto. Y comienza a edificar al revés. Enciende en lo más alto de la bóveda ilusoria un florón de oro y derrama hacia abajo el haz de palmas ojivales que, al no hallar su capitel, se desploman, desgajadas, en el lago. Ya no veo apagarse el rosetón ni hundirse la última palma en el agua negra. Los brazos de mi amiga se anudan a mi cuello, y su boca apaga en

mis ojos la imagen del último cohete. Paula es ya solo un complemento de mi carne. Mientras se deja penetrar dulcemente, puede tomar el gozoso latido cósmico por el alba de un verdadero amor.

ÍNDICE

“Lo que no comprendo es por qué se tenga ese mismo cariño a un montón de ideas acumuladas. Toda la vida del hombre es un esfuerzo desesperado por afirmar su existencia, por dejar, al menos, surco de ella: éste es el pobre recurso de los artistas...

Colección
Lima Lee

